CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGAS 4.ª Y 5.ª

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES.

LA BATALLA DE DAMAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

P. LOPEZ FORTUN.

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS QUE SE REPRESENTARON EN EL TEATRO DE LA CRUZ EN MADRID

PERSONAJES.

LA CONDESA DE AUTREVAL.	GUSTAVO DE GRIGNON.	UN DRAGON.
ELISA DE VILLEGONTIER, su sobrina.	EL BARON DE MONTRICHARD.	UN CRIADO.
ENRIQUE DE FLAVIGNEUL.	UN SARGENTO DE DRAGONES.	DRAGONES. (*No hablan*).

La escena tiene lugar en el castillo de Autreval, cerca de Lyon, en octubre de 1817.

(Este arreglo es propiedad de los editores.)

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un elegante salon de verano.—En primer mino dos puertas laterales y chimenea á la izquierda.—Puer- en el fondo.—A la izquierda un v. lador; un sofá y una me- a á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS *y* ELISA.

l levantarse el telon, Cárlos, vistiendo una elegante librea y on varias cartas y periódicos en la mano, se hallará de ié ante un caballete colocado á la izquierda del público Elisa entra por la puerta del fondo.)

RLOS. (*Examinando el retrato colocado en el caballete.*) ¡Mag- nifico! ¡encantador! ¡Qué delicadeza! ¡qué gracia!

SA. (*Reparando en Cárlos.*) ¿Qué oigo? (*Despues de una pausa y con tono severo.*) ¡Cárlos! ¡Cárlos!

CÁRLOS. (*Volviéndose bruscamente é inclinándose.*) Señorita.

ELISA. ¿Qué hacíais ahí?

CÁRLOS. Perdonadme, señorita, estaba contemplando el retrato de vuestra tia. Se parece tanto, que la he conocido al momento.

ELISA. ¿Quién os pide vuestro parecer? ¿Y las cartas? ¿y los periódicos?

CÁRLOS. Esta mañana he ido á Lyon en lugar del cochero, que no tenia tiempo, y he traido cartas para todo el mundo; para vos en primer lugar, señorita.

ELISA. (*Vivamente.*) Dádmelas.—¡Ah! ¡de Paris!... ¡De Hortensia, mi amiga de la infancia! (*Leyéndola.*) ¡Querida Hortensia! está asustada «por los motines de Lyon y las »conspiraciones que nos rodean. Por lo que hace á la »córte, es difícil que esto lleve buen camino en el año »de gracia de 1817 y bajo el gobierno de un rey que »escribe versos latinos y que jamás da un baile...»

(*Interrumpiendo la lectura.*) Me pregunta si me caso... ¡Me gusta! Como si hubiese tiempo siquiera para pensar en ello. Hoy dia los jóvenes no se ocupan mas que de la política y no de nosotras.

CÁRLOS. Dos cartas para la señora. (*Leyendo los sobres.*) «Para la señora condesa de Autreval.» (*Hablando.*) Y con el timbre de Auray, Vendéa hasta el corazon. (*Elisa le contempla frunciendo el ceño.*) Claro está, una escelente realista como la señora...

ELISA. ¡Todavía!

CÁRLOS. (*Poniendo otras cartas encima de la mesa.*) Estas son para el hermano de la señora condesa y para el caballero Gustavo de Grignon, el jóven magistrado que habita aquí hace ocho dias.

ELISA. (*Con sequedad.*) Basta. ¿Y los periódicos?

CÁRLOS. (*Presentándoselos.*) Aquí están, señorita.

ELISA. ¡Y en qué estado!...

CÁRLOS. Es que el cochero y la doncella querian leerlos antes que vos y la señora condesa, á lo que creí de mi deber oponerme, pues me pareció que era una falta de respeto.

ELISA. Basta; basta. No deseaba saber tanto.

CÁRLOS. No creia que la señorita vituperase mi celo...

ELISA. (*Con sequedad.*) Lo que á menudo disgusta mas, es el esceso de celo.

CÁRLOS. (*Sonriendo.*) Como decia Talleyrand.

ELISA. (*Volviéndose con estrañeza.*) Esto ya es demasiado, y si el señor Cárlos se permite...

ESCENA II.

Los mismos y la CONDESA.

CONDESA. ¿Qué hay? ¿qué ocurre, Elisa?

ELISA. Que el señor Cárlos cita nada menos que á Talleyrand.

CONDESA. (*Sonriendo.*) ¡Un hombre que ha hecho desgraciados á cuantos ha servido!... Mala recomendacion para un criado. Tranquilízate; Cárlos habrá leido eso en cualquier papelote, sin comprender...

CÁRLOS. (*Inclinándose respetuosamente.*) Ciertamente, señora, y no pude imaginar que incomodase á la señorita.

ELISA. ¡Incomodase! ¡Un subjuntivo ahora!

CONDESA. (*A Cárlos, que trata de escusarse.*) Ni una palabra mas; hablais demasiado. Reconozco vuestras buenas cualidades y vuestro celo; pero olvidais con sobrada frecuencia vuestra situacion, y sentiria que me pusiéseis en el caso de recordárosla. Además, la sala no es el sitio que os corresponde, y únicamente os he tomado á mi servicio para que cuideis los caballos de mi hermano. Marchad, pues, á vuestros quehaceres. (*Cárlos saluda respetuosamente, entrega las dos cartas y se retira por la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

ELISA *y la* CONDESA.

CONDESA. (*Abriendo las cartas.*) Hasta Cárlos, hasta los criados pretenden darse importancia en el dia.

ELISA. Sí; pero una importancia de que no podeis formaros idea.

CONDESA. (*Abriendo una de las cartas.*) ¿Será posible? Dímelo, dímelo. (*Vivamente.*) Pero no, despues; déjame antes dar un vistazo á mi correo.

ELISA. Teneis razon. Yo acabo de leer el mio. (*La condesa, á la derecha del espectador, lee para sí con emocion la carta que acaba de abrir, mientras que Elisa, junto á la mesa de la izquierda, hojea los periódicos.*)

CONDESA. ¡Es de ella! Pobre amiga mia, cómo temblaba al escribir. «Querida Cecilia, bendita seas mil veces. Desde »que sé que mi hijo está á vuestro lado, he recobrado mi »esperanza. Vuestro castillo, situado á dos leguas de la »frontera, le permitirá esperar sin peligro el resultado »de este proceso fatal. Por otra parte, ¿quién podrá re»celar que el castillo de la condesa de Autreval oculta á »un hombre acusado de conspirador contra el rey? Por »lo demás, tranquilícense tus opiniones políticas...» (*Interrumpiéndose.*) ¡Como si mi corazon tuviese opiniones políticas! (*Continua.*) «Enrique no es culpable, y »solo un imprudente arrebato de su carácter, que él mis»mo te contará, ha podido darle una apariencia de cons»pirador, que bastaria muy bien para perderle si llega»se á ser capturado. Afortunadamente se asegura que »no se desea llevar mas adelante los rigores, y se dice »¿será cierto? que el general en jefe del ejército acaba »de partir para Lyon con órdenes de indulto.»

ELISA. (*A la derecha, dando un grito.*) ¡Ay! ¿qué es lo que leo?

CONDESA. ¿Qué es eso?

ELISA. (*Enseñando el periódico.*) ¡Otra sentencia de muerte! (*Leyendo.*) «El consejo de guerra, instalado en Lyon »condenó ayer el jefe principal de la conspiracion bona»partista, el caballero Enrique de Flavigneul, jóven de »veinte y cinco años.»

CONDESA. Que felizmente ha logrado escaparse con el ausilio de algunos amigos, segun se me ha dicho.

ELISA. Sí, sí; ahora recuerdo. Esta es la evasion que escitaba el entusiasmo del caballero Gustavo de Grignon.

CONDESA. Nuestro jóven magistrado.

ELISA. Su único sentimiento era el de no haber estado encargado de semejante espedicion. ¡Esto es bello! ¡esto es digno!

CONDESA. No le falta á quien parecerse, pues su madre que como yo habia presenciado todas las guerras de la Vendéa, tenia el valor de un leon.

ELISA. Sin duda es esta la causa de que en la mesa nos hable siempre de acciones heróicas.

CONDESA. Lo particular es que, segun dicen, su padre era mas medroso que una liebre.

ELISA. ¿Sí? Quizá por eso el otro dia se quedó mas pálido que la cera, cuando faltó poco para que nuestra barquilla zozobrase en el estanque.

CONDESA. (*Riendo.*) ¡Sublime! Vamos á sacar en limpio que Gustavo es al mismo tiempo un héroe y un cobarde.

ELISA. Yo se lo preguntaré.

CONDESA. ¿Te atreverias?...

ELISA. Hoy mismo, cuando baile con él; porque hemos preparado un baile y un concierto para celebrar vuestros dias. No he olvidado vuestro adorno: una girnalda de «no me olvides,» con la que estareis encantadora.

CONDESA. Que fueses coqueta por tí, lo concebiria; pero que lo seas por tu tia...

ELISA. Es lo mas natural, porque vos sois yo; de modo que cuando os elogian, lo cual sucede muy á menudo, me siento impulsada á dar las gracias. (*Arrodillándose cerca del sofá en donde está sentada la condesa.*) Juzgad por lo tanto cuál debió ser mi alegría al permitirme mi madre que pasara un mes á vuestro lado.—Creedme; me pa

recia que con solo miraros, llegaria á ser perfecta. Os sonreis; ¿he hablado mal quizá?

CONDESA. No, hija del alma, pues habla tu corazon. Si me sonrio es por tus ilusiones, por tu candor en decirme que me admiras.

ELISA. Digo lo que siento. En casa me embroman y repiten sin cesar: «¡Oh! cuando Elisa dice mi tia, lo ha dicho todo.» Y les sobra razon: las modas que adoptais, los trajes que os veo, me parecen siempre los mas esquisitos. Tambien ¿lo creereis, querida tia? dicen que imito vuestro modo de andar, vuestras maneras y hasta vuestros gestos; pero sin hacerlo adrede, se entiende. Por último, cuando me abrazais dándome el nombre de hija, me siento tan dichosa como si oyese á mi madre.

CONDESA. (*Abrazándola.*) Vete con cuidado; no conviene que me consientas de este modo, porque sino mi sufrimiento no tendrá límites al separarme de tu lado, y hasta llegaré á creer que me arrebatan mi juventud.

ELISA. Pero si vos sois muy jóven, querida tia.

CONDESA. Ciertamente; mi juventud es de... Veamos si adivinas la cifra.

ELISA. Yo no entiendo...

CONDESA. Voy á ayudarte; treinta...

ELISA. Treinta...

CONDESA. Vaya, un esfuerzo.

ELISA. ¿Treinta y uno?

CONDESA. No cabe mas modestia. Tengo treinta y tres años, hija mia; ¡treinta y tres años! El que viene quizá no tendré mas que treinta y dos; pero en la actualidad esta es mi cifra. ¡Jesus! ¡y qué tia tan vieja tienes!

ELISA. ¡Vieja!.. Solo pido á Dios una cosa, y es pareceros en todo.

CONDESA. Eso carece de sentido comun, pero de todos modos me causa alegría.—Y bien, mi querida discípula, porque yo he prometido á tu madre que te haria trabajar, ¿has pintado mucho esta mañana?

ELISA. Con ese objeto bajé al salon, y ¿á qué no adivinais á quien hallé delante del caballete contemplando vuestro retrato?

CONDESA. ¿A quién?

ELISA. A Cárlos.

CONDESA. ¿Y qué tiene eso de estraño?

ELISA. ¡Cómo! figuraos que estaba diciendo: «¡Esto es magnífico!»

CONDESA. ¿Y fué esto quizá lo que te puso tan furiosa?

ELISA. Es claro. ¿Acaso debe saber un criado si un dibujo es bonito ó feo?

CONDESA. (*Riendo.*) ¡Hola! ¡la marquesita!...

ELISA. Y no es eso todo. ¿Creereis, tia, que tambien canta?

CONDESA. ¡Tomal si el pobre muchacho está alegre... ¿Acaso Dios no le ha concedido como á tí el poder cantar?

ELISA. Lo que me enfada es que canta muy bien.

CONDESA. ¡Ja, jal ¿Cómo ha sido eso?

ELISA. Ayer me estaba paseando por el parque, y al llegar al seto del bosquecillo oí que entonaban las primeras cadencias de un aire de Cimarosa; pero con una voz encantadora y un estilo delicadísimo. Me acerco, y ¿quién diriais que era? ¡Cárlos!

CONDESA. ¿De veras?

ELISA. A vos os causa risa y á mí me indigna. Yo no sé porque, pero me indigna. ¿En qué se podrá distinguir el noble del lacayo, si ambos poseen una elegante figura, finos modales... Porque, notadlo bien, su apostura no puede ser mas esbelta, y cuando sirve á la mesa y os ofrece cualquier manjar, se vale de términos escogidos y lo hace con mucha finura. Está visto: ese criado parece que ha dado en la impertinencia de espresarse tan bien como sus amos, y... esto nos desprestigia, nos... (*Con impaciencia.*) En fin, no sé cómo espresaros lo que siento; pero yo, que soy bondadosa con todo el mundo, esperimento hácia ese insolente lacayo una antipatía que raya en aversion, y si yo mandase, á buen seguro que no permaneciera aquí mucho tiempo.

CONDESA. (*Sonriendo.*) Vaya, vaya; cálmate. Antes de despedirle es necesario que ese pobre muchacho se esplique. (*Tira de la campanilla.*)

ELISA. ¿Vais á llamarle quizá?

CONDESA. Justamente. (*A un criado que sale.*) ¿Está Cárlos?

CRIADO. Sí, señora condesa.

CONDESA. Decidle que venga. (*Vase el criado.*)

ELISA. Pero, tia, ¿qué vais á decirle?

CONDESA. Nada temas.

ELISA. No quisiera que se figurase que le reñís por mí.

CONDESA. (*Sonriendo.*) ¿Por qué no? ¿No dices que te ha faltado al respeto?

ESCENA IV.

Dichos y CÁRLOS.

CÁRLOS. ¿Me habeis llamado, señora condesa?

CONDESA. Sí. Acercaos, Cárlos. Veo que me estais obligando á reprenderos contínuamente. ¿Por qué os habeis permitido?...

ELISA. (*Bajo á la condesa.*) Si él ignoraba que yo estuviese aquí.

CONDESA. (*A Elisa.*) No importa. (*A Cárlos.*) ¿Por qué os habeis permitido acercaros á mi retrato y decir que era magnífico?

CÁRLOS. He dicho que estaba muy parecido, señora condesa.

CONDESA. Justamente esa palabra es la que estaba de mas. Quien aprueba juzga, y nadie tiene derecho de juzgar mas que á sus iguales.

CÁRLOS. Pido perdon á la señorita si la he ofendido. En adelante no haré mas que pensar lo que he dicho.

CONDESA. Está bien.

ELISA. (*Aparte.*) Al contrario, está mal. Esta es otra de las respuestas que me exasperan.

CONDESA. (*A Cárlos.*) ¿Habeis ensillado la yegua de mi hermano, como os previne?

CÁRLOS. Sí, señora.

CONDESA. Querida Elisa, el dia es magnífico; vé á ponerte el traje de montar, y probarás la yegua en el parque.

ELISA. ¿Con vos, querida tia?

CONDESA. No, con mi hermano. Cárlos os acompañará.

ELISA. Pero...

CONDESA. Es un escelente ginete, y nada temo por tí.

ELISA. Voy, querida tia. (*Yéndose,—Aparte.*) ¡Ah! ¡le aborrezco!

ESCENA V.

La CONDESA *y* ENRIQUE, *bajo el nombre de* CÁRLOS.

CONDESA. Con que ¿no llegareis nunca á entrar en razon?

ENRIQUE. Reñidme; reñidme. ¡Lo haceis tan bien!

CONDESA. No, no me desarmareis con vuestras lisonjas. ¡Esponeros contínuamente á ser descubierto por Elisa

ó por cualquiera de mis criados! ¡Cantar un aire de Cimarosa en el parque, y cantarlo bien para mayor desgracia!

ENRIQUE. No es culpa mia, porque no hacia otra cosa que repetir vuestras modulaciones.

CONDESA. Callaos. No puedo con vuestras lisonjas, ingrato. No lo digo precisamente por mí, que os amo como una hermana, sino por vuestra pobre madre.

ENRIQUE. Teneis razon; pero ¿qué debo hacer?

CONDESA. Primeramente responder cuando llamo á Cárlos, y callaros cuando alguno dice Enrique.

ENRIQUE. Lo tendré presente.

CONDESA. Despues, no estasiaros ante las pinturas de mi sobrina, ni contestar como ha poco: «No haré mas que pensar lo que he dicho.» —¡Hipócrita! no puede decidirse á dejar de ser interesante. —Por último, no esponeros, como habeis hecho esta mañana á pesar de mi prohibicion, yendo á Lyon... Desgraciado, ¿no sabeis que os va en ello la vida?

ENRIQUE. (*Sonriendo.*) ¡Bah!

CONDESA. Todo es de temer desde que ha llegado el baron de Montrichard.

ENRIQUE. ¡El baron de Montrichard!

CONDESA. Sí, el nuevo prefecto, que es fino como una mujer, mas astuto que un diplomático, y sobre todo activo, perseverante... ¡Y pensar que quizá me debe su nombramiento!

ENRIQUE. ¡A vos, condesa! ¿Vos habeis hecho nombrar á un hombre como el baron, entregado en cuerpo y alma durante veinte años al Consulado y al Imperio?

CONDESA. Justamente. El baron ha servido en cuerpo y alma á cuantos gobiernos se han establecido; y como siempre procura hacer olvidar con otros nuevos los servicios que prestó á sus antecesores, no dejará perder la ocasion de instalarse con algun hecho ruidoso.

ENRIQUE. Es decir, fusilando á tres ó cuatro pobres diablos.

CONDESA. No; no es tan cruel. Al contrario, me consta que habia solicitado un indulto general; pero la sola idea de descubrir un jefe de conspiradores le va á subir de punto; desplegará contra vos todos los recursos de su ingenio; vuestra filiacion será conocida en todas partes, y el primer soldado podrá reconoceros.

ENRIQUE. Pues bien, ¿deberé confesároslo? Encuentro en estos peligros, en esta vida de conspirador perseguido, un no sé qué, que me distrae como la lectura de una novela. Nada me divierte tanto como el oir pronunciar mi nombre en las plazas públicas; comprar yo mismo en una esquina el decreto de mi prision; dirigirme á un gendarme que podria echarme la mano encima, y entablar con él un diálogo por el estilo:—«¿Y bien, señor gendarme, no han logrado capturar á ese Enrique de Flavigneul?—No por cierto, y se conoce que es un endemoniado que hará pagar cara su vida.—Dadme pues sus señas si las teneis.»

CONDESA. ¡Oh! callad; me haceis estremecer. Los hombres siempre serán lo mismo: no tienen otro norte que su vanidad, ya sea por su talento, ya por su valor. Pues bien, para castigaros, ó para embelesaros quizá, tomad, leed esta carta de vuestra madre; ved las lágrimas que la cubren, y convenceos de que si se llegase á cumplir vuestra sentencia, la infeliz no tardaria en seguiros. Añadid que si yo os viese arrestado en mi casa, me creeria la causa de vuestra perdicion y me veria acosada á la vez por la desesperacion del dolor y del remordimiento. Vamos, gozaos ante tantas penas. Tambien esto es dramático, divertido como una novela. ¡Ah! no teneis corazon.

ENRIQUE. Perdon, perdon; me he equivocado. Sí; nuestra existencia debe sernos sagrada cuando inspira semejantes simpatías. Os prometo defenderme, velar por mí, por mi madre y... (*tomándole la mano*) por mi hermana.

CONDESA. Gracias á Dios; esa palabra borra un poco vuestros yerros. Pensemos pues en vuestra salvacion, querido hermano, y para que pueda obrar con conocimiento de causa, contadme detalladamente la calaverada de qué me habla vuestra madre, y que os ha convertido en conspirador á pesar vuestro.

ENRIQUE. Héla aquí. Ya sabeis que mi familia, como la vuestra, estaba enteramente consagrada á la monarquía, y que mi padre se negó á presentarse en la córte del Emperador.

CONDESA. Sí; la fidelidad era para él una manía como para mí.

ENRIQUE. El dia que cumplí quince años:—«Hijo mio, me »dijo, yo habia jurado fidelidad al rey y he debido con»servarla y permanecer en la inaccion; pero tú eres li»bre, y el hombre debe servir á su país. Cuando cum»plas diez y seis años ingresarás en la escuela militar y »á los diez y ocho en el ejército.» Mi respuesta fué alistarme al dia siguiente como soldado, é hice nada menos que la campaña de Rusia y de Alemania. Esto os dará á conocer mi escasa simpatía por el gobierno que vos tanto amais; y sin embargo, os doy mi palabra de que en la vida he conspirado, ni conspiraré jamás; porque aborrezco la guerra civil.—Hará cosa de un mes que, en el momento en que acababa de estallar la conspiracion del capitan Ledoux, entré yo en Lyon; al atravesar la plaza de Bellecour, ví alineado un peloton de infantería, y antes de que tuviese tiempo de preguntar quién era la víctima, llegó un coche escoltado por una partida de tropa, apeándose de él un anciano cubierto de canas y vestido de gala... ¡Era mi antiguo general, el valeroso conde Lambert, herido en cien batallas por la gloria de su país! De pronto creí que le conducian allí para ser pasado por las armas; pero me engañé. Se trataba nada menos que de degradarle. ¡Degradarle! ¿Acaso era culpable? Lo ignoro; pero sea cual fuere el crímen político que haya cometido un valiente soldado no se le deshonra; se le mata. Así es que cuando ví un jóven comandante despojar al anciano de sus condecoraciones, no fuí dueño de mí; lancéme hácia mi antiguo general, y entregándole la cruz que yo habia recibido de sus manos, grité: ¡Viva el Emperador!

CONDESA. ¡Desgraciado!

ENRIQUE. Ya podeis adivinar lo que sucedió despues; cogido y arrestado como jefe de conspiracion, aun me hallaria preso, ó mas bien no lo estaria ya, si uno de mis carceleros, seducido por vuestras dádivas, no me hubiese proporcionado los medios de fugarme, ocultándome aquí, en el castillo de una realista, mi enemiga aquí, en donde gozo la doble dicha de haber sido salvado, y salvado por vos. Tal es mi crímen.

CONDESA. Vuestra gloria debeis decir, Enrique. Esta mañana me hallaba resuelta á salvaros; pero ahora... ¡que vengan á buscaros á mi lado!

ESCENA VI.

Dichos y Elisa, *en traje de montar.*

Elisa. Aquí me teneis, querida tia. ¿Qué tal os parezco?

Condesa. Perfectamente, hija mia; bájate un poco la corbata. (*A Enrique.*) Cárlos, ved si mi hermano está ya listo. (*Vase Enrique.—A Elisa, ataviándola.*) ¿Quién te ha dado esa rosa tan bella?

Elisa. El caballero de Grignon.

Condesa. Aun no he visto hoy á nuestro amable huésped.

Elisa. Ya sube; le he dejado abajo admirando el caballo de mi tio.

ESCENA VII.

Los mismos y Gustavo de Grignon.

Gustavo. (*En el fondo.*) ¡Qué bella estampa de animal! ¡qué fuego! ¡qué vigor! ¡Qué sublime debe ser verse arrebatado por este huracan viviente!

Condesa. (*Oyéndole.*) Lo gracioso es que él lo cree.

Gustavo. (*Bajando á la escena y reparando en la condesa y Elisa, á quienes saluda.*) Señorita, señora condesa...

Condesa. Buenos dias, querido huésped. Parece que seguis subyugado por la mania del heroismo. Ahora mismo os estasiábais ante la idea de lanzaros por los espacios aéreos, oprimiendo los ijares de un caballo indómito. Apuesto á que lamentais no haber montado á Bucéfalo.

Gustavo. (*Con entusiasmo.*) Teneis razon, señora; esto es tan bello, tan...

Condesa. Veo que no dais con el segundo adjetivo, y por lo tanto os proporcionaré la ocasion de interrumpiros. Tomad, ahí teneis los periódicos y las cartas.

Gustavo. ¿Para mí?

Condesa. Sí; ahí, sobre la mesa.

Enrique. (*Saliendo.*) El hermano de la señora condesa está á las órdenes de la señorita.

Condesa. (*A Elisa.*) Voy á verte montar. (*A Gustavo, que trata de seguirla.*) Leed vuestras cartas, leedlas; subo al instante. Vamos Elisa. (*Vanse seguidas por Enrique.*)

ESCENA VIII.

Gustavo, *solo.*

(*Siguiéndola con la vista.*) ¿Qué genio maléfico me ha hecho concebir una pasion tan insensata por esta mujer?... ¡Una mujer heróica de la Vendéa, y que adora el valor! Así es que no hay accion intrépida que yo no sueñe por complacerla, ni peligro á que no me esponga... con la imaginacion. Cuando pienso en ella nada me asusta, me creo un héroe ¡yo! un magistrado, que como á tal estoy exento de ser valiente; y cuando digo un héroe, es porque lo soy... en teoría. Por desgracia no me sucede lo mismo en la práctica. Esto es inconcebible, inaudito; hay en todo ello un misterio que no puede esplicarse sino por razones de orígen: esto está en la sangre. A un tiempo circula por mis venas la de mi madre, que era el valor personificado, y la de mi padre, que era la misma prudencia.—Los necios en vista de esto me dirán: «Y bien, sed siempre el hijo de vuestro padre; huid el peligro...» (*Colérico.*) Pero ¿lo puedo acaso? mi mitad heróica ¿no se brinda, no se compromete? ¡Ay! esto es horroroso, horrorosísimo. ¡Ser valiente y nervioso! ¡Y para colmo de desdichas, estar perdidamente enamorado de una mujer cuya presencia me anima, me exalta! Estoy seguro de que el mejor dia seré capaz de intentar cualquier hazaña, cualquier tontería. Hasta ahora he sabido conducirme bastante bien, porque no he tenido necesidad de hacer uso mas que de palabras; pero esta situacion quizá no se prolongue por mucho tiempo, y entonces seré rechazado y despreciado por ella. (*Con resolucion.*) No veo mas que un medio de triunfar: hacerla mi esposa. Una vez casados, seré padre; una vez padre, adquiero el derecho de ser prudente con honor. ¿El derecho digo? no señor, el deber; un padre de familia se debe antes que todo á su mujer y á sus hijos. Si un bonapartista insulta al rey en mi presencia, me escuso de provocarle, porque soy padre de familia. Hay un incendio, una inundacion, una peste; me escapo, pues soy padre de familia. Es necesario serlo cuanto antes, y para ello (*se sienta á la mesa de la derecha y escribe*), arriesguemos una declaracion incendiaria, fulminante... como la siento. Coloquémosla aquí, en el espejo. Ella la verá, la leerá, y... esperemos.

ESCENA IX.

Gustavo *y la* Condesa, *sosteniendo á* Elisa *y entrando con ella por el fondo.*

Condesa. (*Dentro.*) ¡Luis! ¡José!

Gustavo. ¡Es su voz! (*Se dirige al fondo en el instante en que sale la condesa, y la ayuda á sostener á Elisa, á quien ambos colocan sobre el sofá de la derecha.*) ¿Qué ha sucedido?

Condesa. Un percance; pero ya empieza á volver en sí.

Gustavo. ¿Está herida?

Condesa. No, á Dios gracias; pero temo que el golpe, la emocion... Llamad, amigo mio, os lo suplico.

Gustavo. ¿Qué deseais?

Condesa. Que vayan al instante á San Andeol en busca del médico.

Gustavo. Voy en persona, y vendremos juntos.

Condesa. Acepto. ¡Cuán bueno sois!

Gustavo. (*Aparte.*) Mejor quiero no hallarme aquí cuando lea mi billete. (*Alto.*) Parto, y vuelvo al momento. (*Vase.*)

ESCENA X.

La Condesa *y* Elisa, *sentada.*

Elisa. (*Desvanecida.*) Querida tia, si supiérais... no puedo creerlo aun... Estaba tan encolerizada, es decir, tan ingrata... Ese pobre jóven, á quien debo la vida...

Condesa. ¿Qué quiere decir eso?

Elisa. (*Volviendo en sí.*) Ha sido una aventura tan asombrosa, ó mas bien tan feliz... Imaginaos, querida tia, que Cárlos... (*Corrigiéndose.*) No, que Enrique... ya decia bien; que Cárlos, ese pobre Cárlos...

Condesa. ¡Lo sabes todo!

Elisa. (*Con alegría.*) Sí; sin duda.

Condesa. (*Aterrada.*) ¡Cielos!

Elisa. (*Vivamente y levantándose del sofá.*) Me callaré, querida tia; me callaré, os lo juro. Yo os ayudaré á protegerle, á defenderle. Tengo obligacion de hacerlo así, aunque no fuera mas que por agradecimiento.

CONDESA. (*Impaciente.*) Pero aun no me has esplicado...

ELISA. (*Con alegría.*) Es verdad. Me parece que todo el mundo debe saberlo, y nadie mas que yo, es decir nosotras dos... Figuraos que nos hallábamos galopando en el parque con mi tio, cuando de repente se asusta su caballo, le imita la yegua, y nos vemos precipitados hácia el bosque. Mi vestido se habia enganchado en una rama, é iba á ser arrancada de la silla y arrastrada quizá por el suelo, cuando Cárlos se precipita del caballo, y lanzándose atrevidamente ante la yegua, logra sujetarla. Entonces me recibe en sus brazos y me deposita medio desmayada sobre la yerba...

CONDESA. ¡Valiente jóven!

ELISA. Pues á pesar de eso estaba tan furiosa...

CONDESA. ¿Porque te habia salvado tal vez?

ELISA. Por haberme salvado, no; pero por haberlo hecho con tan poco respeto. Figuraos, querida tia, que se apoderaba de mis manos para calentármelas, que me hacia respirar un pomito, y que repetia á cada instante, como si se tratase de un igual suyo: ¡pobre niña! Yo no podia responder porque estaba desmayada; pero ardia en cólera interiormente, y cuando abrí los ojos y le hallé á mis plantas, casi tan pálido como yo, cuando ví que me tendia las manos, diciéndome: «Y bien, querida señorita, ¿cómo os encontrais?» fué tal mi indignacion, que dejé caer un latigazo sobre aquella mano que me osaba tender... Despues prorumpí en llanto, sin saber porqué...

CONDESA. (*Empezando á inquietarse.*) Y ¿qué mas?

ELISA. Juzgad de mi sorpresa, de mi alegría, cuando le ví alzarse sonriendo, descubrir su cabeza con una gracia encantadora y decirme despues de haberme saludado: «¡Oh! no se alarme vuestro legítimo orgullo por mi temeridad; el que ha osado tender la mano á la señorita de Villegontier, no es Cárlos el ayuda de cámara, sino Enrique de Flavigneul el proscripto.

CONDESA. ¡Ah, desdichado! se perderá.

ELISA. ¿Porque me ha confiado su secreto?

CONDESA. ¿Quién me asegura que sabrás guardarlo?

ELISA. ¿Creeis que mi corazon es capaz de venderle?

CONDESA. ¡Venderle! Líbreme Dios de semejante sospecha; pero temo que tu misma bondad, tus mismos temores le hagan traicion.

ELISA. (*Con entusiasmo.*) ¡Ah! no temais nada; seré fuerte, pues se trata de él.

CONDESA. (*Vivamente.*) ¡De él!

ELISA. (*Con abandono.*) Perdonadme; no puedo ocultar lo que pasa en mi alma. Y ¿por qué ocultároslo á vos? Pues bien, sí, una fuerza y un goce inefable embargan mi corazon. ¡Era tan desgraciada de quince dias á esta parte! No podia esplicarme á mí misma lo que esperimentaba, ó mas bien no me atrevia á ello: era vergüenza y cólera á un tiempo. Me sentia arrastrada hácia un abismo, y sin embargo caia en él con placer.

CONDESA. (*Con ansiedad.*) ¿Qué quieres decir?

ELISA. Ahora lo comprendo todo. Si me mostraba tan indignada contra él y contra mí misma, era porque le amaba, querida tia.

CONDESA. ¡Le amais!

ELISA. ¿Qué teneis?

CONDESA. (*Con frialdad.*) Nada, nada. Con que ¿le amais?

ELISA. ¿Estais enfadada conmigo, querida tia?

CONDESA. (*Friamente.*) ¡Enfadada yo! no, no estoy enfadada. ¿Por qué habia de estarlo?

ELISA. Lo ignoro. Acaso por mi tardía confianza. — ¡Ah! os aseguro que á haber sabido antes mi secreto, os lo hubiera revelado.

CONDESA. Y ¿quién os echa en cara vuestra falta de confianza? — Dejadme; necesito estar sola.

ELISA. (*Con amargura.*) ¡Oh! pero ¿no me odiais?

CONDESA. (*Con impaciencia.*) ¿Quién os ha dicho?...

ELISA. Como es la vez primera que me hablais así... Ya no me tuteais.

CONDESA. (*Conmovida.*) ¿Lloras? Perdóname, hija mia, perdóname. Si te he afligido es porque me hallaba sufriendo muy cruelmente, y sufro todavía. Déjame sola un momento, te lo suplico. (*Contempla á Elisa y despues la abraza con efusion.*) Vete, vete.

ELISA. (*Yéndose.*) Esto es ya otra cosa. (*Váse.*)

ESCENA XI.

La CONDESA, *sola.*

¡Le ama!... Y ¿por qué no habia de amarle? ¿No es jóven, rica y noble como él? Sin embargo, ¿por qué me hace sufrir tanto esta idea? ¿Por qué, mientras Elisa me hablaba, esperimentaba contra la pobre niña un sentimiento de celosa aversion? No; esto no es posible. ¿No estoy velando por él hace quince dias como una amiga? ¿no le he hablado como una madre? Esta misma mañana ¿no le he dado las gracias porque me llamó su hermana? ¡Ah! á pesar mio el velo se descorre: este lenguaje maternal no ha sido mas que una astucia de mi corazon para engañarse á sí mismo: yo no buscaba en los títulos de madre y de hermana otra cosa que un pretesto, un derecho para poderlo demostrar mi ternura. Esto no se llama interés, ni amistad, sino amor. Le amo. (*Con espanto.*) ¡Le amo! ¡yo!... ¡y mi rival no es otra que ese ángel de ternura y de candor! ¡Ah! solo me queda un recurso: encerrar en el fondo de mi corazon esta pasion insensata, cual si fuera un crímen. (*Despues de una pausa.*) ¿Podré acaso? Desde que esta oculta llama ha estallado á mis propios ojos, mi amor va tomando creces á cada palabra, á cada pensamiento... (*Con resolucion.*) Y bien, ¿por qué combatirlo? Elisa es ya bastante hermosa, y dicen que yo lo soy aun. Que falle Enrique. (*Con amargura.*) Pobre niña, ¡le ama tanto!... Pero yo le amo mil veces mas. Es preciso luchar con ella. Luchemos pues, no empleando la astucia ó la perfidia femenil, sino el cariño. (*Despues de un instante de silencio.*) Pero ¿triunfaré acaso? ¿podré siquiera luchar? Cuando se ha heredado un apellido ilustre y una fortuna cuantiosa ¿hablan siempre con el corazon los que nos rodean? (*Toma un espejo de la mesa de la izquierda.*) Mi mano tiembla al tomar este espejo, no por coquetería, sino porque no me veré tan hermosa como yo quisiera ser. No quiero mirarme. (*Despues de titubear un momento, se mira, sonrie, y dice en seguida*) Sí... ¡pero son tantas á las que ha engañado! (*Pone el espejo sobre la mesa y repara en la carta que Gustavo dejó.*) ¿Qué carta es esta? «A la señora condesa de Autreval.» (*Leyendo la firma.*) ¡Del caballero de Grignon! Leamos

ESCENA XII.

La CONDESA *y* GUSTAVO.

GUSTAVO. (*En el fondo.*) Tiene mi carta.

CONDESA. ¡Qué leo!

GUSTAVO. No parece muy irritada.

CONDESA. (*Continuando la lectura.*) Sí; no hay duda, esta es la espresion de un amor verdadero, el acento de la pasion, el grito del alma. ¡Me ama! es decir que aun puedo inspirar amor. Me pide mi mano; luego todavía podria casarme.

GUSTAVO. Vaya, me aventuro. (*Adelanta un paso y tose.*)

CONDESA. (*Volviéndose y reparando en él.*) ¿Sois vos quien ha escrito esta carta?

GUSTAVO. Esa carta... la que ahora mismo... (*Aparte.*) ¡Ay!

CONDESA. (*Vivamente.*) Responded, ¿habeis sido vos?

GUSTAVO. ¡Qué diantre! Sí, señora.

CONDESA. Y su contenido, ¿es la espresion fiel de lo que sentis?

GUSTAVO. ¡Vaya!

CONDESA. Con que ¿me amais y solicitais mi mano?

GUSTAVO. Y ¿por qué no?

CONDESA. Vos, ¡un jóven de veinte y cinco años!

GUSTAVO. ¿Qué importa la edad? Lo que sé y lo que puedo manifestaros, es que sois jóven y bella, y que os amo.

CONDESA. (*Con alegría.*) ¿Me amais?

GUSTAVO. Aunque no me lo perdonáseis, aunque me aborreciéseis por ello.

CONDESA. ¡Aborreceros! ¿á vos, mi amigo, mi verdadero amigo? Pero ¿es cierto que me amais, que os parezco hermosa? ¡Ah! nunca me han sido tan halagüeñas semejantes palabras, y si supiéseis, si pudiera deciros...

GUSTAVO. No; no solicito tanto. La emocion, la turbacion que mostrais, bastarian para hacerme perder la razon. (*Se oye á lo léjos el sonido de una orquesta.*)

CONDESA. ¿Qué es eso?

GUSTAVO. ¡Ah! olvidaba.. Es una sorpresa con motivo de vuestros dias.

CONDESA. ¡Mis dias! ni me acordaba siquiera.

GUSTAVO. Pues nosotros sí. Vuestra sobrina y yo lo hemos dispuesto, y os aguardan en el gran salon vuestros amigos, los vecinos del pueblo, todos, todos.

CONDESA. ¡Será posible!

GUSTAVO. Un baile campestre y concierto.

CONDESA. Entonces cantaremos, ¿no es verdad?

GUSTAVO. Sí, señora.

CONDESA. (*Aparte.*) Allí estará él; nos oirá y podrá juzgarnos. (*A Gustavo.*) Dadme el brazo, amigo mio. ¡Qué dichosa soy!

GUSTAVO. Pues ¿y yo?

CONDESA. Venid, venid. (*Vanse por la puerta de la derecha.*)

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA I.

GUSTAVO, *saliendo de la habitacion de la derecha, y despues* MONTRICHARD, *que entrará por el fondo.*

GUSTAVO. (*Solo.*) Es portentoso; despues de la confesion que me ha hecho, no me ha vuelto á mirar; y sin embargo, cuando recuerdo su turbacion de esta mañana, su fisonomía, todo, todo me dice que soy correspondido... todo menos ella. Sin duda no habrán sido suficientes para dar á conocer mi amor, ni aquel apasionado billete, ni mis espresiones llenas de fuego. Habremos de acudir á vias de hecho, á pruebas reales... (*Yendo hácia el fondo y viendo á Montrichard, que entra precedido de un dragon, con el cual habla en voz baja.*) ¿Quién será este individuo?

MONTRICHARD. (*Al dragon.*) Que se ejecuten escrupulosamente mis órdenes; ni mas ni menos. ¿Entendeis?

EL DRAGON. (*Retirándose.*) Está bien, señor prefecto.

MONTRICHARD. (*Adelantándose y saludando á Gustavo.*) Caballero, ¿la señora condesa de Autreval?

GUSTAVO. Está en el salon, rodeada por todos sus admiradores. Hoy son sus dias; pero en cuanto sepa que está aquí el señor prefecto...

MONTRICHARD. ¿Me conoceis?

GUSTAVO. Acabo de oir pronunciar vuestro nombre, (*dando algunos pasos hácia el salon*) y voy...

MONTRICHARD. No os incomodeis, pues no tengo prisa, y cuando se es portador de noticias desagradables...

GUSTAVO. ¡Ay, Dios mio!

MONTRICHARD. La condesa, á quien conozco desde hace bastante tiempo, siempre ha sido muy bondadosa para conmigo, y aun últimamente no dejó de decirme el ministro lo que se habia interesado por mí.

GUSTAVO. Tiene un corazon escelente, y concibo que os será sensible traerle una mala noticia.

MONTRICHARD. (*Friamente.*) Mas de una, caballero.

GUSTAVO. (*Asustado.*) ¿Cuáles¡?

MONTRICHARD. Primeramente una bastante grave, cual es la de estarse incendiando en este momento una de sus posesiones.

GUSTAVO. ¿Estais seguro?

MONTRICHARD. Lo acabamos de ver desde el camino real por donde pasábamos, y como no podia desprenderme de ninguno de los soldados de mi escolta por graves motivos...

GUSTAVO. ¡Ah!

MONTRICHARD. Sí; muy graves. Sin embargo, á cuantos aldeanos hemos encontrado por el camino, les he mandado á la quinta con órden de noticiarme al momento lo que haya ocurrido. (*Se dirige hácia el fondo.*)

GUSTAVO. (*En el proscenio.*) ¡Un incendio! ¡qué buena ocasion para demostrar mi heroismo! Si fuese al teatro de la ocurrencia... ¡Qué efecto produciria en la condesa cuando preguntase por mí! (*A Montrichard.*) Caballero, ¿está muy léjos de aquí esa quinta?

MONTRICHARD. A media legua escasamente, y si se pudiese llevar una bomba...

GUSTAVO. (*Con calor.*) ¡Una bomba! Pues voy yo mismo por ella; cabalmente hay una en el pueblo inmediato.

MONTRICHARD. Muy bien, caballero, muy bien. Pero esperad; quizá no os la confien sin una órden mia, y si lo permitis...

GUSTAVO. Pues no lo he de permitir... (*Montrichard se sienta á la mesa de la izquierda, busca lo necesario para escribir, y no hallándolo, lo hace con lápiz en su libro de memorias.—Paseándose entretanto agitadamente.*) ¿Se conoce un papel mas bello que el de salvador en un incendio? ¡Andar sobre las vigas ardiendo, desaparecer entre mil torbellinos de humo y de fuego en el momento mas crítico, cuando la techumbre se desploma! Ver de repente asomados en una ventana un anciano y una mujer tendiéndoos los brazos suplicantes y esclamando:—«¡Sal-

vadme! ¡ salvadme!» Lanzarse entonces entre los gritos de la muchedumbre que os dicen:—«¡Vais á perderos!—No importa.—¡La muerte es inevitable!—No importa.» (*Interrumpiéndose y dirigiéndose á Montrichard.*) ¿ El colono, tiene hijos?

MONTRICHARD. (*Sin dejar de escribir.*) Creo que tres.

GUSTAVO. Tres hijos ¡ qué felicidad! (*A Montrichard.*) Pequeñitos ¿no es cierto?

MONTRICHARD. (*Lo mismo.*) Sí.

GUSTAVO. Tanto mejor, se pueden salvar mas fácilmente. ¡Devolver tres hijos á su madre! ¡ Cómo me recibirá la condesa cuando vuelva en medio de las aclamaciones de la multitud, conducido en andas de follaje, quemada la ropa y la cara tiznada! ¡Ah! mi cabeza se exalta... Dadme, caballero, dadme. Corro, vuelo.

MONTRICHARD. (*Entregándole el billete.*) ¡Bravo! (*Aparte.*) ¡Qué jóven tan entusiasta! (*A Gustavo, que da un paso para marcharse.*) Tened la bondad al mismo tiempo de informaros cómo se encuentra el pobre muchacho que hemos hallado en el camino, y que retiraban herido del lugar de la catástrofe.

GUSTAVO. (*Empezando á temer.*) ¡Herido!... pero ¿ligeramente sin duda?

MONTRICHARD. No, la piel del rostro le caia como si hubiese sido quemado vivo.

GUSTAVO. Con que ¿ la piel le caia?

MONTRICHARD. Y lo mas terrible es que una viga le ha hundido tres costillas.

GUSTAVO. ¡Tres costillas! ¿Y por socorrer al prójimo?

MONTRICHARD. Sí, caballero. Pero apresuraos, marchad.

GUSTAVO. (*Sin moverse.*) Voy, voy ; solo necesito el tiempo justo para hacer ensillar mi caballo... por mi criado, se entiende, que dicho sea de paso, podria ir muy bien él mismo , porque, en fin... esto le concierne. Ya que solo se trata de ser portador de una carta, desempeñará su cometido mejor que yo... Sí, sí; él irá mas de prisa.

ESCENA II.

Los mismos y el SARGENTO DE DRAGONES.

SARGENTO. (*Sale y se dirige á Montrichard.*) Señor prefecto, acaba de llegar un propio anunciando que ya se ha estinguido el fuego.

MONTRICHARD. Mejor.

GUSTAVO. ¡ Estinguido! ¡ qué fatalidad! en el momento en que yo me dirigia... (*A Montrichard.*) Porque yo iba, como habeis visto.

SARGENTO. (*Bajo á Montrichard.*) El subteniente ha colocado en el esterior toda nuestra fuerza, como habiais indicado; pero ha recibido nuevos informes, que quisiera hacer saber al señor prefecto.

MONTRICHARD. (*Aparte.*) Muy bien. Bueno será conocerlos y obrar antes de ver á la condesa. (*Alto á Gustavo.*) Hacedme el obsequio, caballero, de no hablar de mi llegada á la señora condesa, pues un deber imprevisto me obliga á dejaros. Vuelvo al instante. (*Vase con el sargento.*)

GUSTAVO. (*Paseándose agitado.*) ¡Maldicion! Jamás se me presentará una ocasion mas oportuna. ¡Un incendio que hubiera encontrado apagado !... accion heróica y sin peligro. ¡ Ah ! si se me vuelve á presentar otra... Aquí viene la condesa, siempre pensativa como esta mañana; pero, ¿ será en mí en quien piensa ? (*Aproximándose á ella.*) Señora...

ESCENA III.

GUSTAVO *y la* CONDESA, *que sale de la habitacion de la derecha.*

CONDESA. (*Distraida.*) ¡Ah! ¿sois vos, querido Gustavo?

GUSTAVO. (*Aparte.*) ¡ Su querido Gustavo !

CONDESA. (*Continuando abstraida y mirando al salon de baile.*) ¿ Y por qué no estais en el salon de baile?

GUSTAVO. Me estaba ocupando de vuestros intereses. En una de vuestras posesiones se ha prendido fuego ; pero por mi desgracia, ya está estinguido.

CONDESA. ¡ Cómo !

GUSTAVO. (*Con calor.*) ¡ Hubiera sido tan feliz esponiéndome por vos ! porque , sabedlo bien , condesa , os amo mas que á mí mismo, mas que á mi vida.

CONDESA. (*Riendo, pero pensativa.*) Eso es demasiado.

GUSTAVO. ¿ Lo dudais ?

CONDESA. Que me ameis, no lo dudo; pero mas que á vuestra vida, sí. No habeis asistido siquiera á nuestro concierto.

GUSTAVO. ¿ Cómo que no? He oido el admirable duo que habeis cantado con vuestra sobrina. ¡ Qué entusiasmo tan general!... hasta vuestros criados, que escuchaban en la antesala, se sentian arrebatados, transportados. Sobre todo uno de ellos, el nuevo...

CONDESA. (*Vivamente.*) ¡ Cárlos!

GUSTAVO. Sí ; Cárlos, que gritaba ¡ bravo ! aun mas fuerte que yo.

CONDESA. (*Con afectacion.*) ¡Ah! querido Gustavo, yo que os acusaba, que no os conocia bien...

GUSTAVO. (*Aparte.*) Ya he logrado atraerla á mi asunto.

CONDESA. ¿ Con qué, es decir, que vos y Cárlos aplaudiais?

GUSTAVO. (*Reparando en Enrique, que sale por el fondo.*) Apropósito, él mismo podrá decíroslo, porque viene hácia aquí.

CONDESA. (*Aparte.*) ¡Él! (*Vivamente á Gustavo.*) Amigo mio... He sido injusta con vos y deseo reparar mi falta : id á esperarme al salon, y romperemos juntos el baile.

GUSTAVO. (*Fuera de sí.*) Voy volando. (*Alejándose por la derecha.*) Bravo, la cosa marcha.

ESCENA IV.

La CONDESA *y despues* ENRIQUE.

ENRIQUE. Gracias á Dios; os buscaba por todas partes.

CONDESA. (*Con emocion.*) ¿Para qué, Enrique?

ENRIQUE. Para deciros cuanto siento en mi alma , si me es posible, porque ¿cómo espresar lo que he esperimentado, lo que nadie ha podido ver ni oir jamás?

CONDESA. (*Sonriendo, pero con emocion.*) ¡ Qué entusiasmo! ¿ quién os lo ha podido causar?

ENRIQUE. ¿Quién? Vos y ella.

CONDESA. ¿Cómo?

ENRIQUE. Ella y vos ; ambas, porque yo no quiero separaros en mi imaginacion ; ambas, que acabais de aparecer unidas, confundidas como dos hermanas.

CONDESA. (*Riendo.*) O como dos rosas en el mismo tallo, ó como dos estrellas en la misma constelacion. Sin embargo, confesad que la rosa mas jóven era la mas bella.

ENRIQUE. ¿ Cómo deciroslo, cuando yo mismo no puedo esplicármelo? Ninguna superaba á la otra en belleza, antes al contrario ambas se realzaban recíprocamente. La frente pura y angelical de la mas jóven, hacia resaltar la frente poética y brillante de la otra. ¿ Sonreis?

¿Qué seria, pues, si os pudiéseis dar cuenta de mis impresiones durante el duo que ambas habeis cantado?

CONDESA. (*Con alegría.*) Contádmelo, contádmelo.

ENRIQUE. Merced á mi librea, pude mezclarme entre vuestros arrendadores y criados y ver cómo apenas modulásteis vuestros primeros acordes, cuando las lágrimas brotaron de los ojos de aquellas sencillas gentes.

CONDESA. Cuidado, que vais á ser infiel con la segunda estrella.

ENRIQUE. Vuestras burlas no bastarán para detenerme. Aquellas inteligencias incultas, aquellos oidos groseros, se convirtieron en finos y delicados al escucharos: no eran capaces de esplicarse lo que sentian, pero lo comprendian todo.

CONDESA. ¿Y Elisa?

ENRIQUE. Tambien le llegó su vez, y os lo confieso, cuando empezó, sentí por ella una especie de compasion. ¡Pobre niña, me decia, qué inesperta y sin gracia vas á parecer á su lado!

CONDESA. (*Con prontitud.*) ¿Y bien?

ENRIQUE. No me equivoqué. Su inesperiencia la vendia á cada nota; pero no sé porque esta misma inesperiencia tenia un encanto que no puedo esplicar.

CONDESA. ¡Ah!

ENRIQUE. Era imposible no sonreir oyendo aquella voz infantil despues de la vuestra, y sin embargo, el mismo contraste le añadia un no sé qué de angelical, de...

CONDESA. Cuidado, ved que la primera estrella palidece á su vez.

ENRIQUE. (*Con calor.*) No, no; hélas ahora unidas, porque el duo comienza, porque vuestra voz conmovedora y apasionada se mezcla á su canto tímido y puro... ¡Oh! entonces... entonces aquel conjunto produjo una impresion que rayaba en encanto. No eran ya solo vuestras voces las que se confundian, sino vuestras personas; no formábais mas que un solo sér... encantador, completo, representando á la vez la mujer y la niña, un todo semejante en fin á una rama del privilegiado árbol que florece bajo el cielo de Nápoles y que sustenta á un tiempo mismo las flores y los frutos.

ONDESA. (*Aparte.*) Esperemos.

NRIQUE. (*Lanzando un grito.*) ¡Gran Dios!

ONDESA. ¿Qué teneis?

NRIQUE. Que he prometido una contradanza.

ONDESA. ¿A quién?

NRIQUE. A Catalina, vuestra arrendataria, para bailar enfrente de Elisa, vuestra sobrina.

ONDESA. (*Con alegría.*) ¡Será posible!

NRIQUE. Felizmente aun no ha hecho la orquesta la señal, y vuelo...

ONDESA. Sí, amigo mio; no debeis hacer esperar á Catalina. Id, id. (*Vase Enrique por la puerta de la derecha, despues de haber besado la mano á la condesa, quien le sigue con la vista. Elisa sale de puntillas por la puerta del fondo y se acerca á la condesa.*)

ISA. Querida tia...

ONDESA. ¡Tú aquí! Creia que estabas invitada para una contradanza. ¿No piensas ir?

ISA. Tengo antes que pediros un consejo.

NDESA. Habla.

ISA Cuando cantaba, ví que las lágrimas brotaban de los ojos de Enrique... Me parece que esto es un buen principio y prueba que no le disgusto. ¿No es así, querida tia?

CONDESA. Sin duda.

ELISA. Despues me ha suplicado que baile enfrente de él, y temo que mi modo de bailar destruya el buen efecto de mi canto; así es que deseo no bailar.

CONDESA. ¡Cómo!

ELISA. ¡Son tantos mis defectos en el baile! Ayer, sin ir mas lejos, vos misma me hicísteis observar que tenia demasiado tendido el brazo y poco derecha la espalda...

CONDESA. (*Con franqueza.*) Y á pesar de todo estabas encantadora.

ELISA. (*Con alegría.*) Siendo así voy á bailar, querida tia. Despues ya trataré de corregirme, y la primera vez que baile con él, lo que espero no tardará...

CONDESA. Y bien ¿quién te detiene?

ELISA. Me resta otro consejo que pediros; un consejo para agradarle. (*Mirando á su alrededor con impaciencia.*) Aun tenemos tiempo.

CONDESA. (*Aparte.*) ¡Yo decírselo! Y bien, ¿qué importa? Si despues de esto me elige Enrique, puedo estar segura de que me ama.

ELISA. (*A media voz.*) Queria hablaros de mi adorno. Si me pusiese como vos algo en la cabeza... una flor... ó mas bien (*enseñándole un brazalete*) este brazalete de perlas.

CONDESA. ¡Niña! ¿No sabes que la mas bella corona de la juventud es la juventud misma, y que tratando de adornar una frente de diez y seis años, se la hace desmerecer?

ELISA. Corriente, no me pondré nada. Gracias, querida tia. Adios. (*Dando un paso para alejarse.*) ¡Ah! me olvidaba... Si me hablase durante el baile, ¿qué debo decirle? Tengo miedo de cortarme y de parecerle tonta si callo. ¡Ah, querida tia! aconsejadme, dadme un asunto de conversacion.

CONDESA. ¡Yo!

ELISA. Vos teneis tanto talento, y le gustais tanto...

CONDESA. ¿Te lo ha dicho?

ELISA. Durante un cuarto de hora á lo menos. Por lo tanto creo que no podrán menos de serle agradables las palabras dictadas por vos.

CONDESA. (*Aparte.*) ¡Qué ocurrencia tan singular!

ELISA. (*Vivamente.*) Ya dí con el asunto. Sí, sí; ya estoy segura de agradarle. Le hablaré.

CONDESA. ¿De qué?

ELISA. De vos. Por lo que hace á este capítulo, respondo de mi elocuencia.

CONDESA. (*Con efusion.*) ¡Oh, angelical y tierna criatura! Yo quiero...

ELISA. Oigo la voz de Enrique.

CONDESA. ¡Enrique!

ELISA. Me espera... me parece que me llama. Adios, querida tia, adios. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA V.

La CONDESA, *sola, dirigiendo la vista hácia la sala de baile.*

Ya se acerca á Enrique y empieza la contradanza. Está en frente de ella... ¡Cómo la mira! No se acuerda que ha de salir primero. Ya se cruzan... le da la mano... Pero ¿qué veo?... Elisa palidece, y la consternacion se pinta en su semblante. No; en el semblante de todos... Enrique se precipita hácia el patio, y Elisa viene como desatinada...

ESCENA VI.

La Condesa *y* Elisa.

Condesa. ¿Qué tienes? en nombre del cielo; ¿qué tienes?
Elisa. (*Desatinada.*) He visto soldados, dragones...
Condesa. ¡Soldados!
Elisa. Sí; rodean el castillo, y los gendarmes acaban de entrar en el patio.
Condesa. ¡Cielos!
Elisa. ¡Vienen á prenderle!
Condesa. Es imposible, ¡prenderle en mi casa, en casa de la condesa de Autreval! Te repito que es imposible. Serenidad, serenidad sobre todo.
Elisa. ¡Serenidad! Podeis tenerla vos, tia mia, vos, que no le amais.
Condesa. ¿Lo crees así? (*Aparte.*) ¡Oh! si se halla en peligro, ya verá cuál de las dos le ama mas. (*Repara en Enrique que sale por el foro, y corre hácia él.*)

ESCENA VII.

Los mismos y Enrique.

Condesa. ¿Y bien?
Enrique. (*Con indiferencia.*) Nada; que me andan buscando los dragones.
Condesa. ¿Quién os lo ha dicho?
Enrique. El mismo oficial, á quien he interrogado.
Elisa. ¡Cómo! ¿os habeis atrevido?
Enrique. Creo que el asunto me interesa bastante para tomar informes.
Condesa. Pero en fin, ¿qué os ha dicho?
Enrique. Que traia órden de arrestar al caballero Enrique de Flavigneul. Me parece bastante claro.
Elisa. ¡Está perdido!
Enrique. ¿Acaso me puede suceder alguna desgracia estando á vuestro lado?
Condesa. Dice bien; á nosotras nos toca salvarle.
Enrique. Permitidme; tambien yo reclamo mi parte. Veamos, inventemos un disfraz bien original.
Condesa. ¡Siempre la novela!
Enrique. ¿Habeis leido alguna mas interesante? (*A la condesa.*) No me riñais; estoy á vuestras órdenes.
Condesa. Ante todo sepamos quiénes son vuestros enemigos.
Enrique. Sí, mi general.
Condesa. ¿Cómo se llama el oficial de dragones?
Enrique. Lo ignoro, mi general; pero viene acompañado del nuevo prefecto, el terrible baron de Montrichard.
Elisa. (*Espantada.*) ¡Terrible! ¡Oh! me muero de horror.
Condesa. (*Pasando á su lado.*) No llores así, desgraciada.
Elisa. No puedo remediarlo.
Condesa. ¿Crees que el pavor no me domina como á tí? pero pienso en él, y mi dolor mismo me infunde valor.
Enrique. (*A la condesa, que se dirige hácia el foro.*) ¡Qué hermosa es!
Elisa. (*Enjugando sus lágrimas, pero llorando siempre.*) Sí, querida tia; sí, voy á procurarlo.
Enrique. (*A Elisa.*) ¡Qué tierna es! ¡Ah! bendito sea el peligro en que me hallo. (*A la condesa.*) Aunque os enfadeis y me riñais, siempre diré lo mismo, pues sin esta situacion no os veria á ambas á mi lado, compadeciéndome y defendiéndome. ¡Ah! venga la sentencia; no la temo, porque gracias á ella me es dable inspiraros (*á Elisa*) tanto temor á vos, (*á la condesa*) y á vos tanto valor.
Condesa. Estais insoportable con vuestros madrigales. Pensemos en el baron. Si se atreve á venir aquí, es porque lo sabe todo, señal evidente de que nos han vendido.
Enrique. (*Con indiferencia.*) ¿Acaso se ha puesto á precio mi cabeza? ¿Es digna mi captura de una traicion?
Condesa. Hay gentes que nos venden por nada.
Enrique. (*Sonriéndose.*) Luego existe el desinterés.
Condesa. Callaos. Alguien se acerca.

ESCENA VIII.

Dichos y un Criado.

Criado. El señor baron de Montrichard pregunta si la señora condesa le dispensará el honor de recibirle.
Elisa. ¡Cielos!
Condesa. Decidle que con mucho gusto. (*Vase el criado.*) El baron va á entrar, y nada hemos decidido aun.
Elisa. (*A Enrique.*) Huid, amigo mio, huid.
Condesa. Al contrario, que se quede.
Enrique. ¿Teneis ya alguna idea?
Condesa. No, aun no; pero es preciso que os quedeis, que el señor de Montrichard os vea, como si fuéseis un criado. Es mas difícil sospechar de las personas que desde un principio se han visto sin recelo.
Enrique. Es verdad.
Elisa. ¡Qué feliz sois, mi querida tia, con tener tanta presencia de ánimo! ¿Cómo os lo arreglais?
Condesa. (*Con fuerza.*) Me muero de angustia, hija mia. Vamos, retírate; es necesario que quede sola con el baron.
Enrique. ¿Sola? No por cierto; quiero saber lo que le decis.
Condesa. Pues no faltaba mas. (*A Elisa.*) Vete. (*Vase Elisa.*)
Criado. (*Anunciando.*) El señor baron de Montrichard.

ESCENA IX.

La Condesa, Enrique, *que se mantiene retirado, y* Montrichard.

Condesa. (*Dirigiéndose á Montrichard.*) ¡Ah, señor baron, qué dichosa soy en volver á veros!
Montrichard. Ante todo, señora condesa, vengo á daros las gracias...
Condesa. ¿Por vuestra prefectura? Las merezco, pues teniais un temible adversario; pero toqué tantos resortes, intrigué de tal manera, que al fin conseguí vencer.
Montrichard. ¡Cuánta ha de ser mi gratitud, señora! ¿A qué habré debido tan decidida proteccion?
Condesa. A vuestro mérito. ¡Oh! hace que os conozco mas tiempo del que pensais. Nos hemos hecho la guerra en la Vendéa.
Montrichard. ¿Y me habeis protegido siendo vuestro enemigo?
Condesa. Precisamente por esto. Ya hablaremos de ello uno de estos dias, pues espero que os quedareis. ¡Cárlos! (*Enrique no responde.*) Cárlos, tomad el sombrero del señor baron. (*Movimiento del baron.*) ¡Oh! yo lo exijo. (*A Enrique.*) Cárlos, id á buscar algunos refrescos para el señor baron. (*Vase Enrique riendo.*)
Montrichard. Me abrumais...
Condesa. Deseo haceros muy difícil vuestro reconocimiento.

MONTRICHARD. ¿De veras, señora? Pues bien, juzgad cuál ha de ser mi alegría; creo que acabo de hallar un medio de pagar vuestros favores.

CONDESA. Ya habeis empezado á hacerlo... (*El baron hace un movimiento de sorpresa.*) Proporcionándome el placer de recibiros.

MONTRICHARD. Haré mas aun. Vengo á ofreceros, á vos, que sois tan adicta á la buena causa, la ocasion de prestar un señalado servicio á Su Majestad.

CONDESA. Venga esa mano, baron. Esto es ser un verdadero realista. ¿En qué consiste ese servicio?

MONTRICHARD. En hacer arrestar al jefe de la gran conspiracion bonapartista.

CONDESA. ¿Es un hombre importante, conocido?...

MONTRICHARD. Al menos de vos, segun creo, señora condesa.

CONDESA. ¡De mí! ¡Ah! ¿cómo se llama el traidor que me ha engañado?

MONTRICHARD. El caballero Enrique de Flavigneul.

CONDESA. (*Con candidez.*) ¡Enrique de Flavigneul!... ¿Aquel muchacho tan jóven, de aspecto tan dulce?... ¡Jesus! nunca lo hubiera creido. En efecto, le he visto algunas veces en casa de mi madre; (*riendo*) pero diré á imitacion del feroz Horacio: es bonapartista, no le conozco ya.— Pero ¿en donde se halla ese Flavigneul?

MONTRICHARD. Está oculto.

CONDESA. ¿Oculto?

MONTRICHARD. Sí; en un castillo...

CONDESA. ¿Inmediato al mio?

MONTRICHARD. Muy inmediato.

CONDESA. ¿En el cual vais á sorprenderle?

MONTRICHARD. Ahí está la dificultad. Para ello necesitaria que me ayudáseis, señora.

CONDESA. ¿Que os ayudase?

MONTRICHARD. Sí por cierto. Figuraos que el castillo de que se trata pertenece á una señora de la mas alta alcurnia y del mas refinado realismo; á una dama de talento y de corazon, que además es mi bienhechora...

CONDESA. (*Con ironía.*) ¿Como yo?

MONTRICHARD. Imaginaos, pues, mi perplejidad para decirle primeramente que sospecho de ella, y despues que vengo á su casa á hacer una invasion domiciliaria. Ello es cierto que he contado con vos para prevenirla.

CONDESA. (*Riendo á carcajadas.*) ¡Qué gracioso es esto! Con que ¿creeis que yo oculto á un conspirador?

MONTRICHARD. No, señora, no lo creo; estoy seguro de ello.

CONDESA. ¿Y para eso quizá habeis venido con esa bandada de dragones?

MONTRICHARD. Sí por cierto; y no me alejaré de aquí hasta haber arrestado al enemigo del rey, pues es muy justo que os demuestre mi agradecimiento.

CONDESA. (*Cambiando de tono.*) Pues bien, señor baron, yo sabré demostraros la manera como se venga una mujer ofendida.

MONTRICHARD. ¡Vengaros!

CONDESA. De vuestro proceder incalificable, de la injuria que habeis inferido á una ardiente realista como yo. (*Acercándose al sofá.*) Tomad asiento, baron; sentaos y escuchadme.

ENRIQUE. (*Aparte, aproximándose.*) ¿Qué le irá á decir?

CONDESA. (*A Enrique.*) ¿Qué haceis ahí? ¿estais escuchando? Acabad vuestra tarea. (*A Montrichard.*) ¿Os acordais, señor baron, de que hace diez y ocho años un jóven magistrado, lleno de talento y de celo, fué enviado al castillo de mis padres con órden de arrestar allí á tres jefes de la Vendéa?

MONTRICHARD. Pues, ¿no me he de acordar, señora, si era yo mismo?

CONDESA. (*En tono de burla.*) ¡Vos!... Vos érais entonces Procurador de la República, si mal no recuerdo.

MONTRICHARD. ¿Lo creeis así?

CONDESA. Estoy segura.

MONTRICHARD. Es muy posible.

CONDESA. Pues bien; puesto que erais vos, señor baron, recordareis que una niña de trece ó catorce años...

MONTRICHARD. Hizo escapar en mis barbas á los tres jefes, y por cierto con una maña...

CONDESA. Escusad mi modestia; aquella niña era yo.

MONTRICHARD. ¿Vos, señora?

CONDESA. Doce años despues, en Normandía, donde érais empleado del Imperio...

MONTRICHARD. (*Con embarazo.*) Señora...

CONDESA. ¡Psche! ¿quién no ha sido empleado bajo el Imperio? ¿Teneis presente á aquellos amigos del general Moreau que fueron á bordo de una fragata inglesa?

MONTRICHARD. Con el pretesto de almorzar y de dar un paseo por la rada...

CONDESA. A lo cual yo os habia invitado.—No os incomodeis. Ya veis cuan acertadamente os he dicho que ambos habiamos sido enemigos por mar y por tierra. Hoy nos hallamos en idéntica posicion: vos buscando siempre, y yo siempre ocultando, al menos segun creeis. Nada ha cambiado la situacion, sino el que vos seais hoy dia prefecto del rey, lo cual no es mas que un detalle. Asi pues, baron, seguid mi raciocinio: ó el caballero de Flavigneul está aquí ó no está.

MONTRICHARD. Está, señora.

CONDESA. Pues bien, ya sabeis mi manera de esconder; buscadle. (*Se levanta.*)

MONTRICHARD. (*Imitándola.*) Ya vereis cómo le busco; ocultadle. ¿Creeis que continuo siendo el novicio del año 98 ó el estudiante de 1804? Entonces era yo jóven y ahora... ya no lo soy. El ardiente y crédulo jóven se ha hecho hombre...

CONDESA. Y la niña es ya mujer. ¡Ah, señor baron! venis á atacarme, y en mi casa, en mi castillo. Pobre prefecto, que vida vais á pasar. Me rio de antemano por las falsas alarmas que voy á proporcionaros. Cuando mas entregado os halleis al sueño, ¡arriba! acaban de ver al proscripto en una bohardilla; cuando esteis á la mesa saboreando un rico plato (porque me acuerdo de que sois buen gastrónomo), ¡á caballo! pues el señor de Flavigneul está en el bosque.—Vamos, recorred el castillo, escudriñadlo todo, interrogad á todo el mundo, y sobre todo desconfiad siempre. Si me veis alegre, creed que estoy inquieta, á menos que tenga esto en cuenta y quiera desconcertaros con un doble juego. ¡Ja, ja, ja!

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Vive Dios! esta mujer no tiene igual.

CONDESA. (*A Enrique.*) Servid algun refresco al señor baron. (*A Montrichard.*) Tomad fuerzas, baron, tomad fuerzas, que bien las necesitareis. (*Viendo á Enrique, que rie.*) Pero ¿qué haceis ahí con los brazos cruzados y esa cara de estupido? Servid pronto. (*A Montrichard al irse.*) Adios, ó mejor dicho hasta la vista, pues si debeis permanecer aquí hasta lograr la captura de Enri-

que, lo menos vais á ser mi huésped un semestre, (*saludándole*) de lo que me felicito con todo mi corazon. Adios, baron, adios. (*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA X.

ENRIQUE *y* MONTRICHARD.

MONTRICHARD. (*Paseándose, mientras que Enrique va siguiéndole con una bandeja de refrescos.*) ¡Demonio de mujer! ya la duda empieza á apoderarse de mí... ¿Si me habrán engañado? puede que no esté aquí.

ENRIQUE. (*Siguiéndole.*) ¿El señor baron desea?...

MONTRICHARD. (*Continuando su paseo.*) Voy, voy. (*Aparte.*) Si estuviese aquí, ¿tendria la condesa aquel aire insultante y burlon?

ENRIQUE. Señor baron...

MONTRICHARD. Te he dicho que voy. (*Para sí.*) Pero si no está aquí, mi espedicion va á ponerme en ridículo; esto sin contar que el crédito de la condesa es considerable, y que puede perderme. Si me volviese, si... pero ¿y si está aquí? Si una hora despues de mi partida la condesa le hace pasar la frontera, me encuentro lucido.—Mi cabeza parece un volcan.

ENRIQUE. Si el señor baron quisiese refrescar...

MONTRICHARD. Véte al infierno.

ENRIQUE. Sí, señor baron.

MONTRICHARD. Espera. ¡Qué idea!... (*A Enrique.*) Ven acá y mírame. (*Bebe, y despues de examinar le dice*): No me pareces tan estúpido como quieres aparentar.

ENRIQUE. ¡Qué bueno es el señor baron!

MONTRICHARD. Tienes el aire vivo, la mirada inteligente...

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¿A dónde irá á parar?

MONTRICHARD. (*Despues de un momento de silencio.*) Hace poco que tu ama te ha maltratado.

ENRIQUE. Sí, señor baron.

MONTRICHARD. ¿Suele hacerlo muy á menudo?

ENRIQUE. Todos los dias, señor baron.

MONTRICHARD. ¿Y cuánto te da de propina por este suplemento de mal humor?

ENRIQUE. Nada absolutamente, señor baron.

MONTRICHARD. ¿Con que te maltrata y te paga peor? (*Cambiando de tono.*) Oye, chico, ¿quieres ganarte veinte y cinco luises?

ENRIQUE. Sí, señor baron, ¿de qué modo?

MONTRICHARD. Del modo siguiente. (*Con misterio.*) El caballero Enrique de Flavigneul debe hallarse oculto en este castillo.

ENRIQUE. ¡Ah!

MONTRICHARD. Si puedes descubrirlo y enseñármelo, te doy veinte y cinco luises.

ENRIQUE. (*Riendo.*) ¿Por enseñároslo solamente, señor baron?

MONTRICHARD. ¿Por qué te ries?

ENRIQUE. Porque esto es pan comido.

MONTRICHARD. ¿Acaso sabes algo?

ENRIQUE. Muy poca cosa; pero es igual. Mucho me engaño, ó he de enseñároslo.

MONTRICHARD. ¡Bravo! Aquí va un luis anticipado.

ENRIQUE. Gracias, señor baron.

MONTRICHARD. Y ahora vete, no sea que se figuren que estamos de acuerdo. La condesa es tan sutil...

ENRIQUE. Sí, señor baron. (*Volviendo.*) Señor baron, si pudiese lograr que la señora condesa me pusiese á vuestras órdenes, podríamos hablarnos con mas facilidad.

MONTRICHARD. Veo que no me he equivocado al elegirte.

ENRIQUE. Gracias, señor baron. (*Vase.*)

ESCENA XI.

MONTRICHARD, *solo.*

Ya tenemos un aliado en campaña. Reñid, reñid á vuestros criados en mi presencia, señora condesa.—Recapacitemos. Por fuerte que sea una ciudadela, siempre tiene un lado débil, y aquí no es la condesa la única persona á quien se debe atacar. (*Saca un libro de memorias.*) Veamos, ¿quiénes son los habitantes de este castillo? (*Leyendo.*) «El señor de Kermadio, hermano de la condesa, personaje mudo; el caballero de Grignon.» (*Hablando.*) Este debe ser pariente del presidente del tribunal de los Prebostes, uno de los nuestros. Sin duda podrá serme útil. (*Continúa leyendo.*) ¡Ah! alto aquí. La señorita Emilia de Villegontier, sobrina de la condesa.—¡Una sobrina soltera! debe contar lo mas diez y seis ó diez y siete primaveras, pues entre nuestra clase las casan muy temprano... El caballero de Flavigneul tiene veinte y cinco años, segun dicen; en cuanto á su figura, no tengo aun su filiacion; pero debe ser interesante, porque los proscriptos siempre lo son. Ahora bien, si el caballero de Flavigneul se halla aquí, la señorita Elisa lo sabe; y si lo sabe, debe interesarse por él. Es probable que mi llegada la haya hecho temblar, y á diez y seis años cuando se tiembla no es posible disimularlo. Con ésta no sucederá como con la condesa. ¡Qué mujer! creo que seria capaz de enamorarme de ella, si tuviese tiempo.—Una jóven se dirige hácia aquí; tiene la frente pensativa, los ojos bajos... debe ser ella. ¡Oh! si pudiera vengarme... Probemos.

ESCENA XII.

MONTRICHARD *y* ELISA.

ELISA. (*Reparando en el baron.*) Perdonadme, señor baron; creí que mi tia estaba aquí, y venia...

MONTRICHARD. Acaba de salir, señorita; pero seria muy desgraciado si su ausencia fuese causa de que me tratárais como á un enemigo.

ELISA. ¡Como á un enemigo! ¿Y por qué, caballero?

MONTRICHARD. Porque al retiraros, me mostrais vuestra desconfianza.

ELISA. ¿Mi desconfianza?

MONTRICHARD. Sí; pues debeis creer que he venido para arrebataros algo que sin duda os es muy caro.

ELISA. (*Aparte.*) Quiere sondearme, pero... (*Alto.*) No comprendo lo que quereis decir.

MONTRICHARD. Es muy sencillo, señorita. Hace una hora que al verme entrar aquí, seguido de gente armada, debeis haberme tomado por vuestro adversario. Lo era en efecto, porque creia que el caballero de Flavigneul se ocultaba en este castillo, y venia á prenderle; pero ahora todo ha cambiado de aspecto.

ELISA. ¡Cómo!

MONTRICHARD. Tengo la certidumbre de que no está aquí, y me marcho.

ELISA. (*Vivamente.*) ¿En seguida?

MONTRICHARD. ¡En seguida, en seguida! ¿Sabeis, señorita, que vuestra prisa podria darme que sospechar?

ELISA. (*Empezando á turbarse.*) ¡Cómo! caballero...

MONTRICHARD. Ciertamente. Al veros tan gozosa por mi partida, podria creer que me he engañado y que el caballero de Flavigneul aun está en el castillo.

ELISA. (*Con agitacion.*) ¿Yo gozosa por vuestra partida? Al contrario, señor baron, si pudiésemos reteneros en nuestra compañía mucho tiempo, muchísimo tiempo...

MONTRICHARD. Permitidme, señorita; veo que caeis en el estremo opuesto. Hace un instante me despediais un poco de prisa, y ahora pretendeis conservarme á vuestro lado quizá mas de lo regular, lo que para un hombre suspicaz podria muy bien indicar lo mismo.

ELISA. (*Turbada.*) No os comprendo, señor baron.

MONTRICHARD. (*Sonriendo.*) Calmaos, señorita, calmaos. Estas no son mas que meras suposiciones, pues estoy seguro, segurísimo de que el caballero de Flavigneul no está ya en el castillo.

ELISA. Y teneis mucha razon.

MONTRICHARD. Sin embargo, por pura formalidad y por un deber de conciencia (*sonriendo*), ya que he hecho poner en movimiento todo un escuadron para maldita la cosa (*observándola*), voy á hacer que los dragones registren escrupulosamente el bosque.

ELISA. (*Tranquilamente.*) Hacedlo, señor baron, hacedlo.

MONTRICHARD. (*Aparte.*) No está en el bosque. (*A Elisa.*) Haré visitar todos los escondrijos, hasta las chimeneas del castillo...

ELISA. (*Lo mismo.*) Es vuestro deber, señor baron.

MONTRICHARD. (*Aparte.*) No está oculto en el castillo. (*A Elisa.*) En fin, interrogaré, examinaré, porque tambien hay disfraces... (*Elisa hace un movimiento.—Aparte.*) Se inmuta. (*Alto.*) Interrogaré pues, solamente por escrúpulo de conciencia, á los mozos de la quinta... (*Aparte.*) Está tranquila. (*A Elisa, observándola.*) A los peones, á los criados... (*Aparte.*) Tiembla. (*Alto.*) En fin, cumplidas estas formalidades, me volveré con sentimiento por tener que dejar tan apreciable compañía, y al mismo tiempo me iré contento por no haberme visto obligado á cumplir aquí mi triste deber.

ELISA. (*Agitada.*) ¡Cómo! ¿de qué deber hablais?

MONTRICHARD. Ya debeis saber que siendo militar el caballero de Flavigneul, hubiera debido presentarle ante un consejo de guerra.

ELISA. ¡Un consejo de guerra! es decir, ¡la muerte!

MONTRICHARD. No precisamente la muerte, pero sí una pena rigorosa.

ELISA. La muerte, sí; vos no quereis decírmelo, pero estoy segura de ello. ¡Oh, señor, señor! miradme á vuestras plantas para imploraros por él. No cuenta mas que veinte y cinco años, y tiene una madre que morirá si él muere, amigos que viven solo por él... ¡Perdon! ¡perdon! Enrique no es culpable; no ha conspirado nunca, me lo ha dicho él mismo. No le condeneis.

MONTRICHARD. (*Aparte.*) ¡Pobre criatura! (*Alto.*) Cuidado, señorita; me hablais como si ya estuviese en mi poder. ¿Está aquí quizá?

ELISA. (*En el colmo de la angustia.*) Yo no he dicho...

MONTRICHARD. No; pero cuando he hablado de interrogar á los criados del castillo, os he visto palidecer, y habeis esclamado: «El mismo me lo ha dicho.»

ELISA. ¡Yo!

MONTRICHARD. Y despues me habeis suplicado que no le arrestara.

ELISA. ¡Yo! (*Reparando en Enrique, que sale, lanza un grito y queda inmóvil con la cabeza entre las manos.*)

ENRIQUE. (*Al oir este grito y viendo á Montrichard, se dirige á él y le dice vivamente en voz baja.*) Le sigo la pista.

MONTRICHARD. (*Bajo.*) Yo tambien.

ENRIQUE. Está en el castillo.

MONTRICHARD. Acabo de saberlo.

ENRIQUE. Disfrazado.

MONTRICHARD. (*Bajo.*) ¡Bravo! (*Viendo que Elisa levanta la cabeza y le mira.*) Silencio. (*Aproximándose á Elisa.*) Os veo tan conmovida, tan turbada, que temo que mi presencia sea inoportuna. Me retiro. (*A Enrique mientras se aleja.*) Alerta siempre, y que no se marche.

ENRIQUE. (*Bajo.*) No se marchará... mientras yo esté aquí.

MONTRICHARD. Bien. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ELISA *y* ENRIQUE.

ENRIQUE. (*Echándose sobre una silla, riendo.*) ¡Ja, ja, ja!

ELISA. ¡Ah! no riais, caballero, no riais.

ENRIQUE. ¡Cielos! Veo pintado el dolor en vuestro rostro. ¿Qué teneis, Elisa?

ELISA. Aborrecedme, Enrique, maldecidme.

ENRIQUE. Pero...

ELISA. Soy una desgraciada sin fé y sin valor.

ENRIQUE. En nombre del cielo, ¿qué decís?

ELISA. Os habiais confiado á mí, revelándome el secreto de que depende vuestra vida, y yo... yo acabo de publicarlo... ¡Os he vendido!

ENRIQUE. ¡Cómo!

ELISA. Ante vuestro juez, aquí, ahora mismo. ¡Oh! ¡cuán cobarde soy! he tenido miedo... (*Corrigiéndose vivamente.*) Miedo por vos.

ENRIQUE. (*Sorprendido.*) ¿Es posible?

ELISA. (*Sollozando.*) ¡Perderos yo! ¡yo, que daria mi vida por salvaros!

ENRIQUE. ¡Qué oigo!

ELISA. Pero yo no sobreviviré á vuestra prision, os lo juro. No me odiéis... ¡Ah! perdonadme. (*Se echa á sus piés.*)

ENRIQUE. (*Queriendo levantarla.*) Elisa, en nombre del cielo...

ESCENA XIV.

Dichos y la CONDESA, *saliendo vivamente.*

CONDESA. ¡Qué veo! ¿Qué haces ahí?

ELISA. Imploro su perdon, porque le he descubierto... ¡Todo se ha perdido por mí!

CONDESA. (*Con prontitud.*) ¡Perdido!... No; aun estoy yo aquí.

ELISA. (*Con alegría.*) ¡Ah, tia de mi alma! salvadle.

ENRIQUE. Nada temais. El señor de Montrichard me ha hecho su cómplice.

CONDESA. (*Vivamente.*) No os fieis de eso. Una palabra, un gesto, bastan para iluminarle; pero yo estoy aquí.

ESCENA XV.

Dichos y GUSTAVO.

GUSTAVO. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué quieren decir estos rumores de conspiracion, de conspiradores disfrazados?

CONDESA. Un delirio del señor de Montrichard.

GUSTAVO. ¡Un delirio! Sea; pero entretanto se arresta á toda la servidumbre.

ELISA. (*Con espanto.*) ¡Cielos!

CONDESA. (*A Gustavo.*) ¿Estais seguro?

GUSTAVO Vaya; acabo de ver prender á vuestro cochero y á uno de vuestros lacayos. Mirad, aquí teneis un sargento de dragones, que sin duda viene con intenciones... de dragon.

ESCENA XVI.

Dichos y el SARGENTO DE DRAGONES.

SARGENTO. (*A Enrique.*) A vos precisamente os buscaba.

ENRIQUE. ¿A mí?

SARGENTO. Tened la bondad de seguirme.

ENRIQUE. (*Al sargento.*) Os equivocais, amigo mio; yo estoy al servicio particular del señor prefecto.

SARGENTO. No me equivoco; mis órdenes son terminantes. Seguidme.

CONDESA. (*Bajo á Enrique.*) No confeseis nada, y respondo de todo. (*Alto.*) Id, Cárlos; obedeced.

ENRIQUE. Sí, señora condesa. (*Va á tomar su sombrero á la chimenea.*)

CONDESA. (*Bajo á Gustavo.*) Dentro de un cuarto de hora hallaos aquí; necesito hablaros á solas.

GUSTAVO. ¿A mí?

CONDESA. Silencio. (*Se dirige á la izquierda, á cuyo lado está Elisa.*)

GUSTAVO. (*Aparte.*) ¡Una cita! Mejor que mejor.

ELISA. (*Aparte.*) ¡Y yo soy quien le he perdido!

ENRIQUE. (*Al sargento.*) Estoy á vuestras órdenes.

CONDESA. (*Aparte.*) ¡Perdido por ella, y salvado por mí! (*Vase por la izquierda con Elisa; Enrique y el sargento por el fondo; Gustavo por la derecha.*)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los anteriores.

ESCENA I.

La CONDESA *y* ELISA, *entrando cada una por un lado opuesto.*

CONDESA. (*A Elisa.*) Y bien ¿qué noticias tenemos?

ELISA. He ejecutado todas vuestras instrucciones, aunque sin comprenderlas mucho.

CONDESA. Eso no es necesario. ¿Y la librea de Jorge?

ELISA. La he mandado llevar, como me dijísteis, á ese gabinete (*señalando el de la izquierda*), pero el señor de Montrichard...

CONDESA. Ha llamado delante de mí y uno á uno á todos los criados de la casa, despidiéndoles despues de interrogarles.

ELISA. ¿Y Enrique?

CONDESA. No se ha separado nunca de su lado.

ELISA. (*Asustada.*) Mala señal.

CONDESA. Puede ser.

ELISA. Esto prueba que sospecha...

CONDESA. O que confia, pues Tony, nuestro groom, que está siempre alerta, al colocar sobre la mesa las plumas y el tintero que le pidieron, ha oido...

ELISA. ¿Qué?

CONDESA. Que Enrique decia en voz baja al prefecto: «No os desanimeis; os aseguro que está aquí y que quieren hacerle huir disfrazado con la librea de uno de los criados de la casa.»

ELISA. ¡Qué audacia! Eso me hace temblar.

CONDESA. Y á mí me tranquiliza. Puede sacarse partido de semejante idea; pero es preciso no perder tiempo, pues Enrique es tan imprudente, que al fin acabará por descubrirse.

ELISA. ¿Y pretendeis hacerle huir?

CONDESA. ¿Huir? ¡Inocente! ¿Dónde están las tropas enemigas?

ELISA. En el patio del castillo hay una docena de gendarmes.

CONDESA. Bien.

ELISA. Además habrá unos treinta dragones por fuera, al rededor de los fosos y ante la puerta principal.

CONDESA. Muy bien.

ELISA. Sin embargo, se han olvidado de custodiar la puerta de las cocheras y caballerizas que miran al campo.

CONDESA. (*Sonriendo.*) ¿Lo crees así? No se me oculta la táctica del señor de Montrichard.

ELISA. ¿Lo dudais, tia mia? (*Conduciéndola hácia la puerta de la derecha, que estará abierta.*) Por la ventana de esa habitacion, que dá al camino real, podeis verlo. No hay ni un soldado siquiera.

CONDESA. No; pero ¿distingues aquellos arbustos á veinte pasos de distancia? Pues allí debe haber una emboscada.

ELISA. ¿Y por qué suponeis?... (*Asustada.*) ¡Cielo santo! por encima de unas matas he distinguido el tricornio de un gendarme.

CONDESA. Cuando yo te decia...

ELISA. Comprendo; querian que huyese por ese lado...

CONDESA. Para cogerle mas fácilmente. Gracias, señor baron; el medio no es despreciable, y podrá servirnos muy bien.

ELISA. ¿Cómo?

CONDESA. Déjalo á mi cargo. Oigo al caballero de Grignon. Vé y dí al palafrenero que enganche los caballos en el coche.

ELISA. Pero, querida tia...

CONDESA. Anda, hija mia, anda. (*Vase Elisa por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

La CONDESA *y* GUSTAVO, *entrando misteriosamente de puntillas.*

GUSTAVO. Aquí me teneis, condesa, fiel á la cita que me habeis dado. (*Va á tomar una silla.*)

CONDESA. (*Con amabilidad.*) Os esperaba.

GUSTAVO. (*Con alegría.*) ¡Me esperábais!

CONDESA. Sí; y mientras tanto estaba pensando...

GUSTAVO. ¿En quién?

CONDESA. En vos. Pensaba en vuestro caballeresco carácter, en esa necesidad de peligros que os atormenta...

GUSTAVO. Es muy cierto.

CONDESA. Como nada es tan contagioso como eso, y gracias á Montrichard tengo la imaginacion llena de conspiraciones y arrestos, estaba forjando mil castillos en el aire sobre catástrofes, me representaba un pobre proscripto condenado á muerte...

GUSTAVO. ¿Y érais vos el proscripto?

CONDESA. No, al contrario; él era quien acudia á mi en busca de asilo, y me decia que tenia una madre, una hermana...

GUSTAVO. ¡Oh!

CONDESA. De repente, los soldados rodean el castillo y me intiman la órden de entregarles mi huésped.

GUSTAVO. (*Levantándose.*) ¡Entregarle! nunca.

CONDESA. ¡Ah! ¡cómo nos comprendemos! Llegaron hasta amenazarme con la muerte.

GUSTAVO. ¿Y qué importa la muerte, sobre todo si la que nos ama está presente para consolarnos, para bendecirnos? ¡Ah, condesa! cuando yo me forjo tales ensueños y sois vos testigo de mis hazañas, mi corazon late, mi alma se exalta...

CONDESA. (*Sonriendo.*) Quizá porque todo es un sueño.

GUSTAVO. ¡Cómo! ¿dudais que en realidad?... Decidmé, ¿qué es necesario para convenceros? Esta mañana ha faltado poco para que me arrojara por vos en medio de las llamas... Ahora mismo desearia veros en un peligro inminente para libertaros de él ó perecer con vos.

CONDESA. ¡Qué fuego!

GUSTAVO. ¡Ah! vos desconoceis este corazon que os adora; vos no sabeis de cuántos sacrificios le haria capaz el amor que le inflama... Si, condesa; solo pido al cielo que me proporcione ocasion para morir por vos.

CONDESA. Pues bien; el cielo ha escuchado vuestros votos, y os depara la ocasion que tanto ansiais.

GUSTAVO. ¡Qué!

CONDESA. Oid. Cárlos, mi ayuda de cámara á quien habeis visto arrestar, no es tal Cárlos, sino el caballero Enrique de Flavigneul.

GUSTAVO. ¡Cómo!

CONDESA. El caballero Enrique de Flavigneul, condenado á muerte como conspirador.

GUSTAVO. ¡Cielos!

CONDESA. Vos podeis salvarle ocupando su lugar.

GUSTAVO. ¡Para que me fusilen!

CONDESA. No; la cosa no irá tan adelante. Solo por unos instantes es preciso consentir en pasar por Enrique y en haceros arrestar por él.

GUSTAVO. Permitidme, señora, permitidme... Yo he dicho que por vos; pero por un desconocido, por un estraño...

CONDESA. Por un proscripto cuya cómplice soy, y á quien debo defender aun á costa de mi vida. ¿Vacilais?

GUSTAVO. Nada de eso. Es menester que comprendais que si tiemblo, es por vos, nada mas que por vos, pues en cuanto á mí me es indiferente...

CONDESA. Bien lo sabia yo. Cuento con vuestro heroismo, y procuraré que no corrais ningun peligro.

GUSTAVO. ¡Ningun peligro!

CONDESA. Creo poderos responder de ello.

GUSTAVO. ¡Ningun peligro! (*Con entusiasmo.*) Pero yo deseo que lo haya; lo exijo. Quiero desafiarlo por vos. Hablad, ¿qué debo hacer?

CONDESA. Poneros una librea que hay allí.

GUSTAVO. (*Con intrepidez.*) Lo haré. ¿Y despues?

CONDESA. Ocupar en mi carretela el lugar del cochero.

GUSTAVO. Lo ocuparé. ¿Qué mas?

CONDESA. Tomar las riendas y conducirme...

GUSTAVO. Os conduciré. ¿Qué mas?

CONDESA. Hasta doscientos pasos de aquí, en donde los gendarmes se echarán sobre nosotros.

GUSTAVO. (*Empezando á espantarse.*) ¡Los gendarmes!

CONDESA. Y os llevarán preso.

GUSTAVO. (*Con espanto.*) ¿A mí? ¿al caballero de Grignon?

CONDESA. No; no á vos de Grignon, sino á vos Enrique de Flavigneul. Sea lo que fuere lo que os digan ó lo que os hagan...

GUSTAVO. ¿Qué han de hacerme, señora?

CONDESA. Confesareis y sostendreis que sois Enrique de Flavigneul. Despues os meterán en la cárcel.

GUSTAVO. ¿A mí, el caballero de Grignon?

CONDESA. A vos, el caballero de Flavigneul. En tanto que permanecereis encerrado, el verdadero Enrique pasará la frontera y se salvará, gracias á vuestro heroismo.

GUSTAVO. Pero ¿y yo?

CONDESA. Vos estareis preso; ya os lo he dicho.

GUSTAVO. ¡Preso! (*Aparte.*) ¡Grillos!... ¡calabozos!... (*Alto.*) Permitidme, condesa...

CONDESA. Ya os esplicaré... Vienen; pronto, pronto. Allí está la librea.

GUSTAVO. Si, señora, voy...

CONDESA. Por este lado no.

GUSTAVO. Es verdad; es el salon.

CONDESA. Por aquí.

GUSTAVO. ¡Si no veo ya!

CONDESA. Esperad.

GUSTAVO. ¿Qué hay?

CONDESA. Tomad esta carta y metéosla en el bolsillo de la librea.

GUSTAVO. ¿De la librea?

CONDESA. Justamente.

GUSTAVO. ¿Con qué objeto?

CONDESA. Ya lo sabreis. No os detengais.

GUSTAVO. Voy, señora.

CONDESA. Y al primer campanillazo...

GUSTAVO. Si, señora.

CONDESA. Preparaos á comparecer.

GUSTAVO. ¿De librea?

CONDESA. Es claro. Que vienen; marchaos pues. Volando.

GUSTAVO. (*Yéndose por la puerta de la izquierda.*) Si, señora. ¡Ay padre mio, madre mia! ¿para qué me habeis echado al mundo?

ESCENA III.

La CONDESA *y* ELISA.

ELISA. Tia, tia, el señor de Montrichard sube para hablar con vos.

CONDESA. ¿Tan pronto? Con tal de que Enrique no se haya descubierto aun...

ELISA. Aquí está el baron.

CONDESA. (*Indicándole la mesa.*) Siéntate allí, como yo, á tu labor.

ESCENA IV.

MONTRICHARD, *la* CONDESA *y* ELISA, *sentadas á la derecha y trabajando.*

MONTRICHARD. (*Hablando fuera con un dragon.*) Continuad vuestras pesquisas; pero sobre todo no perdais de vista al criado que estaba conmigo.

ELISA. (*Bajo á la condesa.*) ¿Lo oís? Sospecha de Enrique.

CONDESA. (*Turbada.*) Es verdad. (*Reponiéndose.*) Tengamos sangre fria.

MONTRICHARD. (*Aproximándose á ambas y saludándolas.*) Señoras...

CONDESA. ¿Sois vos, baron? ¿Venís á descansar de vuestras fatigas á nuestro lado? Debeis necesitarlo. Elisa, aproxima un sillon.

MONTRICHARD. (*Tomándolo él mismo.*) No os molesteis, señorita.

CONDESA. (*Risueña.*) Y bien, ¿á qué altura os hallais de vuestras pesquisas? ¿Habeis hecho ya descerrajar muchos armarios? ¿Habeis registrado, interrogado?... Apropósito de interrogatorio, ¿qué nombre dais al exámen de conciencia que habeis hecho sufrir á mi sobrina?

MONTRICHARD. La señorita no me ha dicho mas de lo que yo sabia ya, esto es, que el señor de Flavigneul está aquí, oculto bajo un disfraz.

CONDESA. Habráse visto... Un disfraz de mujer quizá. ¿Si será mi sobrina ó yo?

MONTRICHARD. Reid, señora condesa, reid.

CONDESA. ¿Sabeis que habriais hecho un magnífico hallazgo? ¡Ja, ja! ¿Y cómo os vais á componer para descubrir al culpable entre las veinte y cinco ó treinta personas que hay en el castillo?

MONTRICHARD. El círculo se va estrechando, condesa; y si mis sospechas no me engañan, dentro de breves instantes...

ELISA. (*Bajo á la condesa.*) Todo lo sabe. (*La condesa le coge la mano para hacerla callar.*)

MONTRICHARD. (*Continuando.*) En cuanto tenga una filiacion que aguardo, dejaré de importunaros con mi presencia.

CONDESA. Nada de eso, baron; antes al contrario, si vuestras sospechas han sido infundadas, lo cual no sucederia por primera vez, os ruego que os instaleis aquí sin cumplidos ni ceremonias, como si estuviérais en vuestra propia casa.

MONTRICHARD. ¡Yo!

CONDESA. Ciertamente; y para dejaros completa libertad en vuestras pesquisas, os pido vuestro permiso para ir á pasar algunos dias á la ciudad, á donde me llaman mis negocios.

ELISA. (*Admirada.*) ¿Vos, tia mia?

CONDESA. (*Aparte.*) Cállate.

MONTRICHARD. (*Aparte.*) ¡Ah! quiere alejarse. (*Alto.*) Con que ¿os vais?

CONDESA. Sí por cierto; digo, á menos que no me halle presa en mi propio castillo, y que el señor prefecto me lo prohiba. (*Todos se levantan.*)

MONTRICHARD. ¡Qué idea, condesa! Yo soy el que debe aquí obedecer; á vos os toca mandar.

CONDESA. Sois muy amable, baron; y sabiéndolo, me habia anticipado disponiendo que engancharan los caballos. ¿Lo están ya?

ELISA. Sí, tia.

CONDESA. (*Tocando la campanilla.*) ¿Por qué no vienen pues á avisarlo? (*Continúa llamando.*)

ESCENA V.

Dichos y GUSTAVO, *con librea de gala, saliendo por la izquierda.*

GUSTAVO. El coche de la señora condesa está aguardando.

CONDESA. Está bien; llamad á mi doncella, y partamos.

MONTRICHARD. Permitidme, señora, permitidme. (*A Gustavo.*) No os vayais; acercaos. (*A la condesa.*) Señora, acabo de interrogar á vuestro cochero...

CONDESA. ¿De veras?

MONTRICHARD. Y me parece que no era éste.

CONDESA. Tengo dos, baron.

MONTRICHARD. ¡Dos! Pero el señor, está bien seguro de haber vestido siempre librea?

ELISA. (*Vivamente á Montrichard.*) Seguramente.

GUSTAVO. (*Bajo á la condesa.*) Observad que esta mañana me ha visto...

CONDESA. (*Bajo.*) Mejor.

MONTRICHARD. Este deberá ser un criado nuevo, muy nuevo.

CONDESA. (*Con embarazo.*) ¿Qué puede hacéroslo creer?

MONTRICHARD. Nada, un vago recuerdo de haberle visto en otro traje.

CONDESA. En efecto; algunas veces me sirve de ayuda de cámara.

MONTRICHARD. ¡Ah! pero esplicadme en qué consisten ciertas señales que creo notar en él y que me estrañan. Esa turbacion...

ELISA. Ninguna absolutamente.

GUSTAVO. (*Aparte.*) ¡Gran Dios! tengo miedo... de tener miedo.

MONTRICHARD. Noto cierta distincion en su fisonomía, ¿no es verdad, señorita?

GUSTAVO. (*Aparte.*) Me vendo. ¡Debo tener un aire tan noble vestido de criado!

CONDESA. Os aseguro, señor baron...

ELISA. Sí, sí; os aseguramos...

MONTRICHARD. Entonces es diferente; y puesto que me asegurais que este muchacho es vuestro cochero, no le interrogaré; pero le arresto. (*Se dirige al fondo.*)

GUSTAVO. (*Bajo.*) ¡Ah, condesa!...

CONDESA. (*Idem.*) Todo va bien; nos hemos salvado. Sacad la carta, devolvédmela.

MONTRICHARD. (*Bajando al proscenio.—A la condesa.*) Y bien, ¿qué os parece mi idea?

CONDESA. (*Con fingida turbacion.*) Digo... digo... señor baron, que es llevar demasiado léjos la broma, y que espero no me privareis de un criado que me hace falta.

MONTRICHARD. Tambien pienso yo que me podrá ser muy útil.

CONDESA. (*Acercándose á Gustavo.*) Vos no lo hareis.

MONTRICHARD. ¿Por qué no?

CONDESA. (*Con creciente turbacion, y acercándose siempre á Gustavo.*)—Porque... porque... (*Bajo á Gustavo.*) La carta. (*Alto.*) Porque... este hombre está en mi casa... y respondo de él. (*Bajo á Gustavo.*) La carta, ó sois perdido. (*Gustavo saca la carta y va á entregarla á la condesa.*)

MONTRICHARD. (*Aproximándose vivamente.*) ¿Qué papel es ese? Os ordeno que me lo entregueis, caballero.

CONDESA. (*Con acento turbado, á Gustavo.*) Os lo prohibo.

MONTRICHARD. Toda resistencia es inútil... Caballero, dadme ese papel.

GUSTAVO. Tomadlo.

CONDESA. (*Ocultándose el rostro con las manos.*) Desgraciado, ¡está perdido!

MONTRICHARD. (*Leyendo el sobre y despues el principio de la carta.*) « Al caballero Enrique de Flavigneul:—Querido hijo... » (*Deja de leer, entrega la carta á Gustavo y le dice con solemnidad.*) En nombre del rey, caballero Enrique

de Flavigneul, daos á prision. (*Se dirige al fondo.*)

LISA. (*Lanzando un grito de alegría.*) ¡Ah! ¡qué felicidad!

ONDESA. (*Bajo á Elisa.*) Llora, mujer, llora.

ONTRICHARD. (*A un dragon.*) Apoderaos de ese caballero.

ONDESA. Señor baron, os ruego...

ONTRICHARD. A nadie conozco mas que á mi deber, señora. (*Al dragon.*) Conducidle á la pieza inmediata; haced constar su identidad, para lo cual bastará su declaracion, y despues ya sabeis mis instrucciones. (*El dragon hace una señal afirmativa.*)

USTAVO. ¿Qué quereis decir?

ONTRICHARD. (*A Gustavo.*) Adios, valiente y desgraciado jóven; creed que os aprecio y que siento...

USTAVO. Permitidme, caballero, permitidme...

ONTRICHARD. (*Al dragon.*) Lleváoslo.

USTAVO. ¿A dónde? (*La condesa le aprieta la mano, y Gustavo se va sin decir nada.*)

ONTRICHARD. (*A la condesa, que se enjuga las lágrimas.*) Perdonad mi impertinencia, señora; pero mi primer deber es participar al general un suceso de tanta trascendencia. ¿En dónde hallaré lo necesario para escribir?

NDESA. En esa habitacion. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) Mi sobrina os lo facilitará, caballero.

ISA. (*Viendo á Enrique, que sale por dicha puerta.*) ¡Cielos! ¡Enrique!

NTRICHARD. (*Dando algunos pasos y encontrándose al lado de Enrique.*) Tenias razon; estaba aquí disfrazado. Pero á pesar de su disfraz, le he descubierto.

RIQUE. (*Resueltamente.*) Y bien, caballero...

NTRICHARD. Silencio. Aquí van los veinte y cinco luises. (*Le pone un bolsillo en la mano y sale delante de Elisa, que no quiere pasar primero.*)

RIQUE. (*Estupefacto, con el bolsillo en la mano.*) ¿Qué significa esto?

ISA. Que me hallo en el colmo de la felicidad, porque estais salvado.

IQUE. ¡Salvado!

SA. Gracias á mi tia. Adios. (*Se va precipitadamente detrás de Montrichard.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE *y la* CONDESA.

QUE. (*Tirando el bolsillo sobre la mesa.*) ¡Salvado! salvado por vos!

DESA. Todavía no. He logrado desviar las sospechas el baron, que cree tener ya el culpable; pero hasta que ayais atravesado la frontera, no cesará mi inquietud.

QUE Nada temo ya, gracias á la que con su talento, on su destreza...

ESA. ¡Talento! ¡destreza! No, querido Enrique; aquí no a obrado mas que el corazon, y por lo mismo que ifria, que toda mi sangre se hallaba helada en mis nas, no me ha faltado fuerza para velar por vos. Creeis acaso que la piedad, que la afeccion hácia un sgraciado, consisten en perder los sentidos en el momento del peligro, en venderle con nuestra misma emocion, como hacen los niños? La verdadera ternura se muestra riendo ante el peligro, riendo con la muerte el corazon; y solo cuando el peligro está léjos, el lor se agota y las fuerzas nos abandonan. (*Prorumpiendo en llanto.*) ¡Oh! sí; si hubiéseis sido preso, yo biera muerto.

ENRIQUE. Cada dia, cada instante me hacen descubrir en vos una nueva virtud. En vano busco en mi corazon algunas frases que os demuestren cuanto siente mi alma... Vos, que lo podeis todo, vos que nada ignorais, ángel, hada encantadora, indicadme el medio de pagaros cuanto os debo.

CONDESA. Nada me debeis.

ENRIQUE. ¡Cuánto os he hecho sufrir!

CONDESA. (*Turbada en estremo.*) Antes de responder, Enrique, debo haceros una pregunta. Esas frases tan tiernas que acabais de pronunciar, ¿salen del fondo de vuestro corazon?

ENRIQUE. Me ultrajais. ¿Qué prueba quereis que os dé?

CONDESA. ¿Qué prueba?

ENRIQUE. Sí, hablad.

CONDESA. Pues bien, amigo mio, la de amarme, porque... yo os amo.—Silencio, alguien viene.

ESCENA VII.

Los mismos, ELISA *y* MONTRICHARD, *con una carta en la mano, saliendo de la habitacion de la izquierda.*

MONTRICHARD. Gracias, señorita. Ya está terminada mi correspondencia.

CONDESA. (*Aparte.*) ¡Si pudiese hacerle salir ahora!

MONTRICHARD. (*Aproximándose á la condesa.*) Perdonadme mi victoria, señora.

CONDESA. No puedo perdonaros ni vuestra victoria, ni vuestro modo de vencer. ¡Ah! ¿es este el premio que debia prometerme por el servicio que os presté?

MONTRICHARD. El deber es antes que el reconocimiento.

CONDESA. ¿Acaso vuestro deber os autorizaba para emplear la astucia, la traicion?...

MONTRICHARD. Señora...

CONDESA. Lo repito: la traicion, porque habeis sobornado á alguno de mis criados... Osad negarlo. Y ahora que me acuerdo... Sí... (*Mirando á Enrique.*) Vuestras miradas de inteligencia con ese muchacho... las misteriosas conversaciones que teniais... Sí; es él. (*Volviéndose háeia Enrique.*) ¡Ah, miserable! ¿Sois vos quien me ha vendido?

ENRIQUE. ¿Yo, señora?

CONDESA. Sí, vos; lo veo en vuestro semblante, en la turbacion del baron... Os despido, os arrojo de mi casa. Salid. (*Con aire severo y reprimiendo una sonrisa.*) Salid.

MONTRICHARD. Pero...

CONDESA. No permanecerá ni un minuto mas á mi servicio.

MONTRICHARD. Pues yo le tomo al mio.

CONDESA. No hareis tal.

MONTRICHARD. Sí, señora condesa. (*A Enrique.*) Vamos, muchacho, monta á caballo, y á galope hasta San Andeol.

ELISA. ¡Cielos!

MONTRICHARD. (*Entregándole una carta.*) Esta carta es para el general de la division.

ENRIQUE. Pero, señor prefecto, no tengo caballo.

MONTRICHARD. Toma el mio.

ENRIQUE. Los soldados no me dejarán pasar.

MONTRICHARD. Voy á darles la órden.

ENRIQUE. (*Bajo á la condesa, mientras que el baron se dirige á la puerta para dar órden á los dragones que le dejen salir.*) Os debo mi vida, disponed de ella.

MONTRICHARD. (*A Enrique.*) Vamos, vamos, marcha.

ENRIQUE. Dentro de una hora, señor prefecto, estaré en mi

puesto. (*Montrichard acompaña á Enrique hasta la puerta, dándole sus últimas instrucciones.—Vase Enrique.*)

ESCENA VIII.

Los mismos escepto ENRIQUE.

MONTRICHARD. (*A los dragones del fondo.*) Y vosotros, traed al prisionero.

CONDESA. (*Aparte.*) Es demasiado pronto. (*Alto.*) Señor baron, por piedad..

MONTRICHARD. Ya sabeis que no soy cruel ni amigo de que se condene á nadie, y si me hubiesen escuchado habrian concedido la amnistía que tengo solicitada.

CONDESA Ya lo sé, y por lo mismo...

MONTRICHARD. Creedme, ese jóven me interesa. Es vuestro amigo, y probaré de salvarle.

ELISA. ¿Salvarle?

CONDESA. ¿Y cómo?

MONTRICHARD. Eso dependerá de él. Voy á hablarle.

CONDESA. (*Con embarazo.*) Esperad una hora... media... para que se reponga de su turbacion.

MONTRICHARD. Estad tranquila; espero que en un instante nos pondremos de acuerdo, y antes de diez minutos me habrá dicho cuanto necesito saber.

ELISA. (*Aparte.*) ¡Diez minutos! apenas habrá podido marcharse.

MONTRICHARD. (*Viendo aparecer á Gustavo con el dragon.*) Ya viene. Hacedme el obsequio de alejaros, señoras.

CONDESA. Permitidme un momento...

MONTRICHARD. (*Con severidad.*) Es mi deber, señora condesa.

CONDESA. (*Retirándose con Elisa.*) ¿Qué hacer, Dios mio?

ELISA. ¿Qué teneis, tia?

CONDESA. Si Gustavo cede...

ELISA. ¿Acaso no tiene valor?

CONDESA. Sí; pero un valor que no dura mucho. (*El dragon se aleja despues de haber entregado un papel á Montrichard. La condesa y Elisa se van por la izquierda, haciendo señas de inteligencia á Gustavo.*)

ESCENA IX.

MONTRICHARD *y* GUSTAVO.

MONTRICHARD. ¡Pobre jóven! Felizmente su salvacion depende aun de él.

GUSTAVO. (*Aparte.*) No estoy muy á gusto que digamos.

MONTRICHARD. Acercaos, caballero.

GUSTAVO. ¿Deseais hablarme, señor baron?

MONTRICHARD. Sí, por la vez postrera antes del momento fatal.

GUSTAVO. (*Aparte.*) ¿Qué momento será ese?

MONTRICHARD. (*Enseñándole el papel que le ha entregado el dragon.*) ¿Habeis confesado que sois el caballero Enrique de Flavigneul?

GUSTAVO. (*Suspirando.*) ¡Sí!

MONTRICHARD. ¿Ex-oficial del Emperador?

GUSTAVO. Sí.

MONTRICHARD. ¿Fuísteis vos quien firmásteis esta declaracion?

GUSTAVO. (*Empezando á temblar.*) Sí.

MONTRICHARD. Basta. Creo inútil deciros que podeis contar con cuantos miramientos y prerogativas merece un valiente.

GUSTAVO. ¿Prerogativas?

MONTRICHARD. Sí; si no quereis que se os venden los ojos y aun si quisiéseis mandar el fuego, estad seguro...

GUSTAVO. ¡Mandar el fuego! ¿qué quiere decir eso?

MONTRICHARD. Que desgraciadamente mis órdenes son terminantes. Habeis sido juzgado y condenado; la sentencia ha sido proferida, y no me queda mas que ejecutarla. (*Gravemente.*) Una hora despues de su captura, todos los jefes deben ser fusilados sin dilacion y sin ruido.

GUSTAVO. (*Fuera de sí.*) ¡Sin ruido! ¡Oh! no lo creais; yo haré mucho ruido, muchísimo. No se fusila así á la gente. ¡Sin ruido! Pues está gracioso...

MONTRICHARD. Escuchadme, caballero.

GUSTAVO. ¡Sin ruido!

MONTRICHARD. Debo añadiros, y este es el objeto principal de nuestra entrevista, que hay un medio de salvaros.

GUSTAVO. ¿Cuál?

MONTRICHARD. Pero tal vez no querais adoptarlo.

GUSTAVO. (*Con prontitud.*) ¿Y por qué no, caballero, por qué no? (*Aparte.*) ¡Sin ruido!

MONTRICHARD. Se ha acordado conceder el perdon á cuantos hagan revelaciones, y si vos teneis alguna que confiarme...

GUSTAVO. (*Vivamente.*) Vaya si tengo; una muy importante.

MONTRICHARD. (*Con alegría.*) ¡Será posible!

GUSTAVO. Os respondo de su veracidad; una revelacion decisiva, categórica.

MONTRICHARD. Y es...

GUSTAVO. Que no soy... (*Deteniéndose.*) ¡Cielos! la condesa.

ESCENA X.

Dichos y la CONDESA.

CONDESA. (*Saliendo precipitadamente por la derecha y dirigiéndose á Montrichard.*) Caballero, es tanta mi inquietud que...

MONTRICHARD. Tranquilizaos. El caballero de Flavigneul, que puede salvarse con una sola palabra, está pronto á revelarnos...

CONDESA. (*Con espanto, volviéndose hácia Gustavo.*) ¡Cómo! ¿qué teneis que revelar?

GUSTAVO. (*Con prontitud.*) Yo... nada... absolutamente nada. (*Aparte.*) Cuando ella está delante, no me atrevo á tener miedo.

MONTRICHARD. Pero hace un instante queriais revelarme...

GUSTAVO. (*Con energía.*) Que nada tenia que deciros.

CONDESA. (*Apretándole la mano y aparte.*) ¡Bravo!

MONTRICHARD. (*A la condesa.*) Condesa, decidle vos misma que se pierde miserablemente.

CONDESA. (*Bajo á Montrichard.*) Teneis razon. Dejadme algunos instantes con él, y le decidiré...

GUSTAVO. (*Aparte, contemplándola.*) Cuando la miro, se me figura que el alma de mi madre penetra en mi sér.

CONDESA. (*A Montrichard, sin dejar de mirar á Gustavo.*) Sí, sí; tengo bastante ascendiente sobre él, y no sabrá resistirme.

MONTRICHARD. Sea; pero daos prisa, pues no puedo concederos mas tiempo que hasta la llegada del presidente del tribunal, á quien estamos esperando.

CONDESA. ¿Y para qué?

MONTRICHARD. (*A media voz.*) Dispensadme de decíroslo.

CONDESA. ¿Por qué?

MONTRICHARD. (*En voz baja.*) Su presencia es necesaria para hacer constar que la sentencia ha sido...

CONDESA. (*Apretándole la mano.*) Silencio.
MONTRICHARD. ¿Comprendeis?
CONDESA. Perfectamente.
MONTRICHARD. (*A Gustavo.*) Os dejo con la condesa y no dudo que ésta tendrá mas poder que yo sobre vos. No desoigais la voz de una amiga. (*Montriehard sale por el fondo, en donde se ven varios dragones de centinela, á los cuales da órdenes.*)

ESCENA XI.

La CONDESA *y* GUSTAVO.

CONDESA. (*Aparte, mirando á Gustavo con interés.*) ¡Pobre muchacho! Esto me ha espantado como si realmente...
GUSTAVO. Nunca he visto que me mirara con tanto cariño, y si no fuera por los dragones que están allá fuera... (*La condesa se aproxima á Gustavo y se entabla la conversacion en voz baja.*)
CONDESA. Gracias, amigo mio, gracias.
GUSTAVO. ¿Estais contenta de mí?
CONDESA. Si; y solo os pido algunos momentos mas de valor y de firmeza.
GUSTAVO. ¡Firmeza! Vaya si la tengo; como que estais aquí. Pero á fé mia que hicisteis bien en llegar.
CONDESA. ¿Os impacientabais ya?
GUSTAVO. ¡Impacientarme! Ca, si me estaba muriendo de... (*Con abandono.*) Escuchadme, condesa; necesito abriros mi corazon, pues no sé mentir. No soy lo que he querido aparentar á vuestros ojos.
CONDESA. ¡Cómo!
GUSTAVO. No soy ningun héroe, al contrario; así es que cuando el señor de Montrichard me ha dicho que iba á ser fusilado sin ruido, dentro de una hora, me ha entrado un miedo...
CONDESA. No os faltaba motivo.
GUSTAVO. Y ya abria la boca para gritar: «Yo no soy el caballero de Flavigneul,» cuando entrásteis. Pero lo mismo fué veros, que avergonzarme de mis terrores, y tranquilizaos, no venderé á Enrique si no me abandonais. Permaneced á mi lado cuando vuelva el prefecto, cuando me notifiquen la sentencia, cuando... En fin, me siento capaz de todo, hasta de recibir por otro diez balas en mi cuerpo, con tal de que en aquel instante os oiga decir: «Aquí estoy.»
CONDESA. (*Tomándole la mano.*) ¡Oh! sois un valiente. Os conozco mejor que vos mismo: vuestra imaginacion es la que teme el peligro, no vuestro corazon.
GUSTAVO. Bien, bien; hablad me así.
CONDESA. Para mostrar vuestro valor solo necesitais que os sorprenda algun peligro imprevisto.
GUSTAVO. Pues bien, creo que ya tengo lo que me falta

ESCENA XII.

Los mismos y MONTRICHARD.

MONTRICHARD. No puedo esperar mas tiempo, condesa; el señor presidente del tribunal...
CONDESA. ¿Ha llegado ya?
MONTRICHARD. Si, señora, y es preciso que el caballero de Flavigneul se decida á hablar ó que me siga.
GUSTAVO. (*Con energía.*) Y bien, ya os sigo.
MONTRICHARD. ¿Qué decis?
GUSTAVO. (*Con exaltacion.*) Mi partido está tomado; ¡el consejo de guerra.... el tribunal... el peloton... el fuego!...
CONDESA. ¿Creeis acaso?
GUSTAVO. (*Lo mismo.*) Diez balazos á pecho descubierto... Ya que me encuentro en este caso, me es igual. (*A la condesa.*) Soy el hijo de mi madre. (*A Montriehard.*) En marcha, caballero.
MONTRICHARD. Ya que lo quereis, partamos.
CONDESA. Un instante, un solo instante.
GUSTAVO. No, no; partamos.
CONDESA. Calmaos; antes necesito dirigir al señor baron una ó dos preguntas de la mayor importancia.
MONTRICHARD. ¿Dos preguntas importantes?
CONDESA. Si, señor baron. ¿A qué hora habeis arrestado á vuestro prisionero?
MONTRICHARD. Hará una hora poco mas ó menos; pero no comprendo...
CONDESA. Decidme, baron, vos habeis debido viajar mucho en vuestro departamento.
MONTRICHARD. Sin duda, pero ¿á qué viene?...
CONDESA. ¿Cuánto tiempo se necesita para ir de aquí á Mauleon en un buen caballo?
MONTRICHARD. Tres cuartos de hora escasamente. Pero ¿qué tiene que ver?...
CONDESA. ¿Y de Mauleon á la frontera, siempre en un buen caballo?
MONTRICHARD. Diez minutos; pero...
CONDESA. Tres cuartos de hora y diez minutos; total cincuenta y cinco minutos.
MONTRICHARD. ¡Oh! esto es demasiado; partamos.
CONDESA. Esperad un poco; ¡qué hombre! me falta aun dirigiros la última pregunta. El señor presidente del tribunal, á quien esperábais, ¿no ha venido de París y no es un antiguo senador?
MONTRICHARD. Si; es el señor conde de Grignon.
GUSTAVO. (*Dando un grito de alegría.*) ¡Mi tio! ¡mi buen tio!
MONTRICHARD. (*Estupefacto.*) ¿Vuestro tio?
CONDESA. (*Friamente y haciéndole una reverencia.*) Aquí acaban mis preguntas, baron. Ya no os detengo; podeis conducir ante el presidente... á su sobrino.
MONTRICHARD. (*Sobrecogido y mirando á Gustavo con espanto.*) El caballero Enrique de Flavigneul...
CONDESA. (*Riendo.*) Ca ¡un drama! ¡una tragedia!... Tenemos algo mejor que ofreceros, se trata de una escena de familia... (*Señalando á Gustavo.*) El caballero Gustavo de Grignon, á quien su tio no habia visto hace mucho tiempo.—A vos, baron, es á quien deberá tan gran placer.
MONTRICHARD. (*Muy turbado.*) ¡Cómo! el señor será ó mas bien, no será... Esto es imposible. ¿Pretendeis engañarme otra vez, condesa?
CONDESA. (*Riendo.*) Si gustais, podeis dirigiros al presidente en persona, y á la voz de la sangre, que no engaña jamás...
MONTRICHARD. Pero, ¿y la turbacion que mostrásteis esta mañana cuando hice arrestar al señor?
CONDESA. ¿Mi turbacion? Era un ardid de guerra.
MONTRICHARD. ¿Y la carta que le ocupé?
CONDESA. Acababa yo de entregársela.
MONTRICHARD. ¿Y vuestras lágrimas?
CONDESA. (*Riendo.*) ¿Lloré? ¡Ah, pobre baron! no me guardeis rencor; pero habia prometido reirme de vos, y no me engaño jamás; bien lo sabeis.
GUSTAVO. ¡Esto es tener talento!
MONTRICHARD. Pero entonces ¿quién es el culpable? porque él se hallaba aquí, estoy seguro.

CONDESA. ¿Quién es? Buscad; buscad.
MONTRICHARD. ¡Qué rayo de luz! ¿Si seria el otro?
CONDESA. ¿Quién? ¿aquel á quien habeis dado un salvo-conducto, á quien tratásteis de sobornar? ¿Aquel para quien implorásteis mi clemencia? ¡Ah! ¡ojalá!
MONTRICHARD. ¡Ah! aun no me doy por vencido, y voy volando...
CONDESA. ¿En pos de sus huellas? Es inútil; no lograreis alcanzarle.
MONTRICHARD. ¿Lo creeis asi?
CONDESA. ¡Tiene tan buen caballo!
MONTRICHARD. (*Con cólera.*) ¡Ah! *El mio!*
GUSTAVO. (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja!
CONDESA. El caballo del mismo prefecto, pues verdaderamente habeis pensado en todo, generoso amigo, ¡hasta en equiparle, en darle dinero! Díganlo sino estos veinte y cinco luises que estoy encargada de devolveros, (*tomándolos de la mesa*) porque concederle honorarios para engañaros, seria demasiado.
MONTRICHARD. ¡Ah! sois un mónstruo infernal. ¡Qué doblez! ¡qué sangre fria! ¡Y yo, que he escrito al general! ¡Oh! me vengaré.

ESCENA XIII.

Los mismos y ELISA, *que entra muy agitada.*

ELISA. Señor baron, aquí teneis un despacho muy urgente, que acaba de llegar de Lyon. (*Montrichard toma el despacho, y Elisa se acerca vivamente á la condesa.*)
MONTRICHARD. ¡Del general!
ELISA. (*Bajo.*) ¡Ah, querida tia, qué desgracia!
CONDESA. ¿Qué pasa?
ELISA. Ha vuelto
CONDESA. ¿Quién?
ELISA. Enrique.
CONDESA. ¡Cómo!
ELISA. Y está ahí. (*Señalando á la derecha.*)
CONDESA. ¡Cielos!
MONTRICHARD. (*Haciendo un gesto de alegría despues de haber leido el despacho.*) ¡Ah, señora condesa! ahora me toca á mí.
CONDESA. ¿Qué quereis decir?
MONTRICHARD. Habeis triunfado hace un momento; pero en la guerra la fortuna es muy voluble, y á pesar de las travesuras de vuestro ingenio, la suerte del caballero de Flavigneul está aun en mis manos. Si, merced á estos despachos que me envia el general, yo puedo obligar al fugitivo á someterse á mis órdenes, sea cual fuere el lugar donde se halle.
CONDESA. (*Turbada.*) ¡Vos! ¿Cómo?
MONTRICHARD. Este es mi secreto. A cada uno le llega su turno, señora condesa. Solamente quiero antes de marchar demostraros que sé vengarme. (*A Gustavo.*) Caballero de Grignon, voy á decir á vuestro tio que venga él mismo á poneros en libertad. Hasta la vista, señora condesa. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

GUSTAVO, *la* CONDESA, ELISA *y despues* ENRIQUE.

CONDESA. ¿Qué me has dicho? Enrique...
ELISA. Está ahí.
ENRIQUE. (*Apareciendo por la puerta de la derecha.*) Aquí me teneis.
GUSTAVO. (*Que se halla en el fondo.*) ¡Él!
CONDESA. Desgraciado, ¿qué venís á hacer aquí?
ENRIQUE. (*Vivamente.*) Mi deber. ¿Habeis podido creer que dejaria morir á un inocente en mi lugar?
CONDESA. ¡Morir!
ENRIQUE. El guardia que me acompañaba en mi fuga me lo ha dicho todo, y he comprendido que el caballero de Grignon se habia ofrecido por mí, y que habia sido arrestado.
CONDESA. El caballero de Grignon está libre, desgraciado. El mismo os lo puede decir.
ENRIQUE. (*Reparando en Gustavo y arrojándose en sus brazos.*) Amigo mio, semejante abnegacion...
GUSTAVO. Entre hombres de corazon, eso no es mas que un deber.
ELISA. ¡Y venia á buscar el peligro cuando estaba ya conjurado!
CONDESA. (*Con energía.*) Y lo está todavía.
ELISA. ¡Cómo!
CONDESA. (*A Enrique.*) El último sitio á donde os vendrán á buscar, será este. El baron de Montrichard va á partir; (*á Gustavo*) permaneced de centinela para acechar su salida.
GUSTAVO. Voy volando.
CONDESA. (*A Enrique.*) Vos, entrad en ese gabinete.
ENRIQUE. Pero...
CONDESA. Lo exijo. Dentro de breves instantes habrá desaparecido todo peligro.

ESCENA XV.

La CONDESA *y* ELISA.

CONDESA. Puedes participar de mi seguridad y de mi alegría. (*Viendo que Elisa se vuelve para enjugarse las lágrimas.*) ¿A qué vienen esas lágrimas?
ELISA. Si no lloro, querida tia. (*Sollozando.*) Soy muy feliz, puesto que está en salvo; pero al mismo tiempo estoy desconsolada, porque hace un momento, antes de haberse presentado aquí tan imprudentemente, cuando le oculté en ese gabinete, en donde me hallaba temblando por él... (*sin cesar de llorar*) me ha dicho...
CONDESA. (*Vivamente.*) ¿Qué?
ELISA. ¿Lo sé yo acaso? ¿puedo tampoco recordarlo? Lo que he comprendido es que todo habia acabado para mí.
CONDESA. (*Con tristeza.*) Comprendo.
ELISA. Que jamás podríamos ser el uno del otro...
CONDESA. (*Aparte.*) Es muy natural, era preciso decírselo. (*Tomándole la mano.*) ¡Pobre niña! y tú ¿le odias, le detestas?
ELISA. ¡Ah! no, no; pero no sobreviviré.
CONDESA. (*Tratando de consolarla.*) Elisa, es preciso tener juicio, porque si se hallaba ligado á otra persona...
ELISA. (*Vivamente.*) Justamente; eso es lo que me ha dicho. ¡Ligado para siempre!
CONDESA. (*Vivamente.*) ¿Y te ha nombrado á esa persona?
ELISA. No; no ha consentido en decírmelo. Pero vos, querida tia, ¿la conoceis?
CONDESA. Creo que sí.
ELISA. ¿Sabeis si ella le ama, si le ama mucho?
CONDESA. (*Con fuerza.*) Sí.

LISA. ¿Es amable... hermosa?
ONDESA. No tanto como tú.
LISA. Pues bien, entonces...
ONDESA. Qué quieres, hija mia; no se raciocina con el corazon, y sea como fuere, si él la prefiere, si la ama...
LISA. Nada de eso; á quien ama es á mí.
ONDESA. ¡Cielos!
LISA. Me lo ha confesado; pero está ligado á ella por respeto, por amistad, ¿qué se yo? por agradecimiento...
ONDESA. (*Con prontitud.*) ¿Por agradecimiento? ¡Oh!...
LISA. Y sobre todo, por una promesa que le ha hecho, y que sabrá sostener aun á costa de su vida. Esto es absurdo; decidselo, tia mia; vos sola podeis decidirle...
NRIQUE. (*Saliendo por la puerta de la derecha, despues de escuchar y haber estado luchando por contenerse.*) Callad, callad.
)NDESA. ¡Cielos!
LISA. (*A Enrique.*) Idos, idos por piedad. Si llegase el baron...
NRIQUE. ¿Qué me importa? prefiero morir.
)NDESA. ¿Morir antes que faltar á vuestra promesa? Está bien, Enrique.
.ISA. Pero, tia...
)NDESA. Déjame hablar. (*Bajo á Enrique.*) Me dijisteis: «Os debo la vida, disponed de ella.» (*Elisa se retira á algunos pasos de distancia.*)
RIQUE. ¿Qué exigís?
NDESA. Lo único que he deseado siempre, vuestra felicidad.
RIQUE. ¡Cielos!
NDESA. (*Hace una señal á Elisa para que se acerque, le toma la mano y la une con la de Enrique.*) Hé aquí la que debeis elegir.
RIQUE. ¡Ah! amiga mia, querida amiga...
ISA. Estaba segura de que os le deberia. (*Se arrodilla á los piés de la condesa.*)
STAVO. (*Entrando precipitadamente por la puerta de la izquierda.*) ¿Qué haceis ahí? El señor de Montrichard viene.
DOS. ¡El baron!
ISA. (*A Enrique.*) Escondeos, escondeos.
STAVO. Ya sube la escalera; ya está aqui.
ISA. ¡Ya no es tiempo! (*Enrique, que se halla junto al sofá de la derecha, se sienta con prontitud; las dos mujeres se colocan en pié delante de él, tratando de taparle con sus faldas.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos y MONTRICHARD.

NTRICHARD. (*Saliendo por la puerta de la izquierda.*) Vengo á despedirme de vos, señora condesa.
ELISA. (*Con alegría.*) ¡Ah!
MONTRICHARD. Pero antes de partir quiero probaros que no exageraba al deciros que con este despacho podia atraer al caballero de Flavigneul.
ELISA. (*Aparte.*) Estoy temblando.
CONDESA. (*Idem.*) ¿Qué querrá decir?
MONTRICHARD. Este despacho es la órden que hace tanto tiempo tenia yo solicitada; la órden de amnistía.
TODOS. ¡La amnistía!
CONDESA *y* ELISA. (*Separándose del canapé en donde está Enrique.*) Pues ya puede presentarse.
ENRIQUE. (*Levantándose.*) Caballero...
MONTRICHARD. (*Con aire de triunfo.*) Ya estaba yo seguro de que le haria comparecer.
ELISA. ¡Cielos!
GUSTAVO. ¡Era un lazo, y hemos caido en él! (*Todos quedan inmóviles de terror. El baron se acerca al proscenio y sonrie con aire de satisfaccion. La condesa se aproxima poco á poco á él, le mira, nota su sonrisa y hace un gesto de alegría, que reprime al momento.*)
MONTRICHARD. Señor Enrique de Flavigneul, en nombre del rey os declaro...
CONDESA. (*Adelantándose y riendo.*) Os declaro libre y perdonado.
TODOS. ¡Cómo!
CONDESA. Sin duda. ¿No veis que el baron quiere vengarse, y que está representando una escena de terror para que me asuste?
ELISA. ¡Será cierto!
CONDESA. (*Tomando el papel de manos de Montrichard.*) Tomad y leed: «Decreto de amnistía.»
MONTRICHARD. ¡Vaya una mujer! No se la puede engañar ni para bien ni para mal.
ELISA. (*A la condesa.*) Y ahora, los tres reunidos...
CONDESA. Si, hija mia; pero mas tarde, porque hoy necesito partir.
ELISA. ¡Partir!
GUSTAVO. ¿Vos partís? Pues yo tambien. Nada podrá detenerme, os acompañaré hasta el fin del mundo, y ejecutaré tales hazañas, que acabareis por decidiros á hacerme feliz.
CONDESA. No hablemos de eso. (*Acercándose á Montrichard.*) ¿Y bien, baron?
MONTRICHARD. He perdido, condesa; me doy por vencido.
CONDESA. (*Conmovida.*) No sois vos solo. (*Afectando alegría.*) ¡Qué quereis! para ganar no basta jugar bien.
MONTRICHARD. Es necesario contar con los ases y los reyes.
CONDESA. (*Aparte, mirando á Enrique.*) Con el rey sobre todo... en las batallas de damas.

FIN.